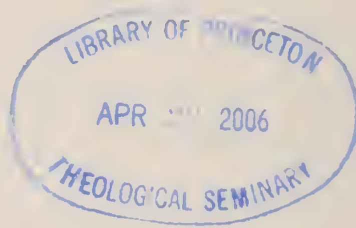


BOLETIN ECLESIASTICO

ÓRGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIÓCESIS DE QUITO

Año CX Ene. / Feb. / Mar. del 2005



Homenaje de gratitud a Mons. Alain Paul Lebeaupin por sus seis años de servicio al Ecuador, con ocasión de su nombramiento como Nuncio Apostólico de Kenya.

Contenido

Director: Mons. Héctor Soria S. Telf.: 2282031
Apartado 17-01-00106. Quito - Ecuador

EDITORIAL

EL SIDA, UN PROBLEMA HUMANO QUE REQUIERE UNA RESPUESTA CRISTIANA

Se estima que alrededor de 40 millones de personas en el mundo padecen la horrible enfermedad del SIDA; de éstos, 37 millones son adultos y 3 millones son menores de 15 años.

En nuestro Ecuador, esta enfermedad no deja de ser preocupante. Datos oficiales del Ministerio de Salud Pública (MSP) y de la Organización Panamericana de la Salud (OPS) reportan más de 6.110 casos de enfermos de SIDA en nuestro pequeño país, advirtiéndose un avance acelerado de la enfermedad, puesto que en el año 2004 fueron reportados nada menos que 819 nuevos casos. Datos más alarmantes hablan de que, si se toma en cuenta el subregistro que proporciona la OPS, habría una incidencia de 10 personas afectadas por cada caso reportado, o sea que la pandemia estaría afectando en el Ecuador a más de 60.000 personas; para decir la verdad, ningún ecuatoriano estaría exento de contraer la temida enfermedad. El total de defunciones causadas por el SIDA entre los ecuatorianos a partir del año 1984 es de 1523.

El Ministerio de Salud Pública (MSP) y otras instituciones privadas de carácter civil se han preocupado relativamente del problema del SIDA; los medios económicos han sido más bien limitados e insuficientes para atender a los contagiados y para llevar a cabo campañas educativas y de prevención; tampoco se ha realizado la prueba del VIH a toda la población ecuatoriana.

La Iglesia en el Ecuador y más concretamente la Iglesia particular de Quito tampoco ha asumido a fondo el problema; sin embargo, no han faltado comunidades religiosas y movimientos apostólicos que han tenido la iniciativa de organizar y mantener centros de ayuda a los enfermos de SIDA y de proponer algunas medidas de prevención.

En este año 2005, la Arquidiócesis de Quito, acogiendo la iniciativa de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, ha organizado la campaña de MUNERA y ha realizado la colecta respectiva en todas las iglesias, oratorios, capillas privadas, colegios y escuelas particulares, el Domingo de Ramos, 20 de marzo, con la finalidad de acudir en ayuda de los hermanos enfermos de SIDA. Pero, además, la Arquidiócesis de Quito se ha planteado toda una estrategia concretada en tres programas de acción, a saber: INFORMACION, EDUCACION y PREVENCION, que piensa implementarlos a través de su Equipo Arquidiocesano de Pastoral Social.

Pero, la respuesta esencialmente cristiana que la Iglesia particular de Quito da al grave problema del SIDA sería una catequización masiva en todas sus parroquias sobre la fidelidad conyugal de las parejas de casados y la práctica de la continencia y de la castidad de los solteros, en cumplimiento de los mandamientos sexto y noveno de la Ley santa con la que Dios ha dispuesto la regulación de la capacidad y de la actividad sexual de la humanidad.



Documentos de la Santa Sede

Decreto de la Penitenciaría apostólica

«Urbis et orbis»

Durante el Año de la Eucaristía se enriquecen con el don de la Indulgencia algunos actos particulares de culto y veneración al Santísimo Sacramento

El más grande de los milagros (cf. *solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Oficio de lectura, segunda lectura)* y memorial supremo de la Redención realizada por nuestro Señor Jesucristo mediante su sangre, la Eucaristía, en cuanto sacrificio y en cuanto sacramento, produce de modo indefectible la unidad de la Iglesia, la sostiene con la fuerza de la gracia sobrenatural, la inunda de alegría inefable, y es una ayuda sobrenatural para alimentar la piedad de los fieles e impulsarlos hacia el aumento de su vida cristiana, más aún, hacia la perfección.

En consideración de esto, el Sumo Pontífice Juan Pablo II, movido por su solicitud por la Iglesia, para promover el culto público y privado al Santísimo Sacramento, con la carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, del 7 de octubre de 2004, estableció que se celebre en toda la Iglesia un año específico, llamado «Año de la Eucaristía».

Además, durante este año, para impulsar a los fieles a un conocimiento más profundo y un amor más intenso al inefable «Misterio de la fe», a fin de que obtengan frutos espirituales cada vez más abundantes, el mismo Santo Padre, en la audiencia concedida a los responsables de la Penitenciaría apostólica, abajo firmantes, el pasado 17 de diciembre, quiso enriquecer con indulgencias algunos actos peculiares de culto y devoción al Santísimo Sacramento, según se indica a continuación:

1. Se concede la *indulgencia plenaria* a todos y cada uno de los fieles, con las condiciones habituales (a saber, confesión sacramental, comunión eucarística y oración por las intenciones del Sumo Pontífice, con el corazón totalmente desapegado del afecto a cualquier pecado), cada vez que participen con atención y piedad en una función sagrada o en un ejercicio piadoso realizados en honor del Santísimo Sacramento, solemnemente expuesto o reservado en el sagrario.

2. Asimismo, se concede, con las condiciones antes recordadas, la *indulgencia plenaria* a los sacerdotes, a los miembros de los institutos de vida consagrada y de las sociedades de Vida apostólica, y a los demás fieles que por ley tienen que rezar la liturgia de las Horas, así como a quienes suelen rezar el Oficio divino sólo por devoción, cada vez que, al final de la jornada, recen con fervor en común o de forma privada Vísperas y Completas ante el Santísimo Sacramento expuesto a la veneración de los fieles o reservado en el sagrario.

Los fieles que, por enfermedad u otras justas causas, no puedan visitar el Santísimo Sacramento de la Eucaristía en una iglesia u oratorio, podrán lucrar la *indulgencia plenaria* en su casa o dondequiera que se encuentren a causa del impedimento si, con total rechazo de cualquier pecado, como se ha dicho antes, y con la intención de cumplir, en cuanto sea posible, las tres condiciones habituales, realizan una visita espiritual, con el deseo del corazón, con espíritu de fe en la presencia real de Jesucristo en el Sacramento del altar, y rezan el padrenuestro y el Credo, añadiendo una jaculatoria a Jesús sacramentado (por ejemplo, «Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar»).

Si ni siquiera esto pudieran hacer, lucrarán la *indulgencia plenaria* si se unen con deseo interior a quienes practican de modo ordinario la obra prescrita para la indulgencia y ofrecen a Dios misericordioso las enfermedades y las dificultades de su vida, te-

niendo también ellos el propósito de cumplir, en cuanto les sea posible, las tres condiciones habituales.

Los sacerdotes que ejercen el ministerio pastoral, sobre todo los párrocos, teniendo presentes las "Sugerencias y propuestas» publicadas el 15 de octubre de 2004 por la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, informen del modo más conveniente a sus fieles sobre estas saludables disposiciones de la Iglesia, estén disponibles con espíritu solícito y generoso para escuchar sus confesiones, y, en los días establecidos para la utilidad de los fieles, dirijan de modo solemne el rezo público de oraciones a Jesús sacramentado.

Por último, al impartir la catequesis, exhorten a los fieles a dar con frecuencia testimonio abierto de fe y de amor al Santísimo Sacramento, como se propone en la concesión general IV del «Enchiridion indulgentiarum», teniendo presentes también las demás concesiones del mismo Enchiridion: n. 7, *adoración y procesión eucarística;* n. 8, *comunión eucarística y espiritual;* n. 27, *primera misa de los neosacerdotes y celebraciones jubilares de ordenación sacerdotal y episcopal.*

Este decreto tiene vigencia durante el Año eucarístico, a partir del día mismo de su publicación en «L'Osservatore Romano», no obstante cualquier disposición contraria.

Roma, sede de la Penitenciaría apostólica, 25 de diciembre de 2004, solemnidad de la Navidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Card. James Francis STAFFORD
Penitenciario mayor

Gianfranco GIROTTI, o.f.m. conv.
Regente

Discurso del Santo Padre a los participantes en la asamblea plenaria de la Comisión pontificia para América Latina, viernes 21 de enero

AYUDAR A DESCUBRIR LA CENTRALIDAD DEL DOMINGO EN LA VIDA ECLESIAL Y SOCIAL DE LOS HOMBRES DE HOY

Señores Cardenales,
Queridos hermanos en el episcopado:

1. Con inmenso gozo os saludo a todos, consejeros y miembros de la Pontificia Comisión para América Latina, participantes en esta reunión plenaria, que tiene como tema: "*La misa dominical, centro de la vida cristiana en América Latina*". Vuestro continente ocupa un lugar muy especial en mi corazón, tanto por el gran número de católicos como por la vitalidad religiosa que caracteriza a los países que lo integran. Personalmente conservo un grato recuerdo de mis visitas pastorales a vuestras tierras.

Agradezco mucho al cardenal Giovanni Battista Re las amables y expresivas palabras que me ha dirigido presentándome los trabajos de estos días.

2. Me complace que en este año dedicado a la Eucaristía, hayáis querido reflexionar acerca de las diversas iniciativas para «*redescubrir y vivir plenamente el domingo como día del Señor y día de la Iglesia*» (Carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, 23). No ha sido la Iglesia quien ha elegido este día, sino el mismo Cristo resucitado, y por ello, los fieles deben acogerlo con gratitud, haciendo del domingo el signo de su fidelidad al Señor y un elemento irrenunciable de la vida cristiana.

3. Ya en mi carta apostólica *Dies Domini* escribí: «*es de importancia capital que cada fiel esté convencido de que no puede vivir su fe, con la participación plena en la vida de la comunidad cristiana, sin tomar parte regularmente en la asamblea de la eucaristía dominical*» (n. 81). Participar en la misa dominical no es sólo una obligación importante, como señala claramente el *Catecismo de la Iglesia católica* (cf. N. 1389), sino, ante todo, una exigencia profunda de cada fiel. No se puede vivir la fe sin participar habitualmente en la misa dominical, sacrificio de redención, banquete común de la Palabra de Dios y del Pan eucarístico, corazón de la vida cristiana.

4. La importancia del tema exige de nosotros, pastores de la Iglesia, un renovado esfuerzo por hacer descubrir la centralidad del domingo en la vida eclesial y social de los hombres y mujeres de hoy. Para todos los obispos y sacerdotes es un reto convocar a los fieles a una constante participación en la Eucaristía dominical, encuentro con Cristo vivo.

Por ello es necesario concentrar los esfuerzos en una mejor y más cuidada instrucción y catequesis de los fieles sobre la Eucaristía, así como velar para que la celebración sea digna y decorosa, de modo que inspire respeto verdadero y piedad auténtica ante la grandeza del Misterio eucarístico.

La misa dominical debe ser convenientemente preparada por el celebrante, con su disposición espiritual, traslucida después en los gestos y palabras y preparando convenientemente la homilía. Especial atención también hay que dedicar a la selección y preparación de los cantos, signos y otros recursos que enriquecen la liturgia, siempre dentro del respeto debido a la normas establecidas, valorando toda la riqueza espiritual y pastoral del Misal romano y las disposiciones propuestas por la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos.

5. Os invito, pues, a que, en unión con los sacerdotes, religiosos y fieles, pongáis el mayor empeño en reflexionar y profundizar en esta dimensión esencial de la vida sacramental de la Iglesia, y trabajéis para despertar un amor cada vez más grande por el Misterio eucarístico en las diócesis. No es una tarea fácil, y por ello se requiere la colaboración de todos: presbíteros y diáconos, consagrados y fieles que están presentes en las parroquias o pertenecen a asociaciones o movimientos eclesiales. ¡Aceptad la colaboración de todos, unid los esfuerzos y trabajad en comunión!

6. Pongo todos estos deseos y los propósitos surgidos en esta reunión plenaria a los pies de la Santísima Virgen María, venerada en toda América con la advocación de Guadalupe. A ella debemos imitar en su relación con este Santísimo Sacramento (cf. *Mane nobiscum Domine*, 31). Que ella interceda por los frutos de las reflexiones de estos días, de modo que las conclusiones alcanzadas se plasmen en una acción más decidida y firme por hacer que cada vez más los fieles amen a Jesús, presente en la Eucaristía, y aprovechen los frutos de incalculable valor que pueden obtener por su participación en este Misterio. Con estos sentimientos, os imparto de corazón la bendición apostólica.

Le pedimos, Santo Padre, que bendiga a toda América Latina

Palabras de saludo del cardenal Giovanni Battista Re, presidente de la Comisión pontificia para América Latina

Beatísimo Padre:

Los miembros de la Pontificia Comisión para América Latina con profundo afecto saludan a Vuestra Santidad y renuevan la

expresión de su plena fidelidad y voluntad de perseverar «cum Petro e sub Petro» en su servicio a Cristo y a la Iglesia.

De todo corazón, los presentes agradecen a Vuestra Santidad por el ministerio apostólico dado a la Iglesia, a través de su sabia y valerosa guía, de sus enseñanzas, y sobre todo por el ejemplo luminoso de una entrega incansable, que fuertemente nos anima.

Los pueblos de los distintos países de América Latina miran a Vuestra Santidad con profunda fe y gran cariño.

Agradecen también a Vuestra Santidad por el Año de la Eucaristía, que se ha iniciado en el pasado mes de octubre, coincidiendo precisamente con el Congreso eucarístico internacional desarrollado en Guadalajara, México, es decir, en uno de los países de América Latina.

A la luz de la Eucaristía, en estos días la Pontificia Comisión para América Latina ha querido reflexionar sobre el tema: «La misa dominical, centro de la vida cristiana en América Latina».

Hemos elegido este tema no sólo porque está en sintonía con el Año de la Eucaristía, sino también para actualizar la indicación que Vuestra Santidad ha pedido en la carta apostólica Novo millennio ineunte: que los pastores y los fieles tengan un particular compromiso con la misa dominical.

Le pedimos, Padre Santo, que nos bendiga y que bendiga también a toda América Latina.

LA MISA DOMINICAL, CENTRO DE LA VIDA CRISTIANA EN AMÉRICA LATINA

Palabras del cardenal Giovanni Battista Re al inicio de la asamblea plenaria de la CAL

Eminentísimos señores cardenales; excelentísimos señores arzobispos y obispos; queridos hermanos:

1. Luego de la celebración eucarística, con el pensamiento y el corazón vueltos a Cristo, damos inicio a los trabajos de la reunión plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina.

Se trata de un encuentro no entre estudiosos de problemas relacionados con América Latina, sino entre pastores solícitos por el bien de los hombres y mujeres de América Latina.

Saludo a todos con profundo afecto: tanto a los pastores que han venido de diversos países de América Latina, como a cuantos prestan su servicio aquí, en la Curia romana.

Todos estamos animados por el mismo amor a Cristo y a la Iglesia que peregrina en América Latina.

El Santo Padre Juan Pablo II apoya nuestros trabajos y estará muy feliz de recibirnos y dirigirnos su palabra.

2. El tema de nuestro encuentro es: «La misa dominical, centro de la vida cristiana en América Latina».

No es sólo un tema en sintonía con el Año de la Eucaristía que estamos celebrando, sino que además el compromiso de la misa dominical es uno de los primeros objetivos que el Santo Padre ha indicado para el inicio del tercer milenio.

En la carta apostólica *Novo millennio ineunte,* el Papa pide a los pastores y fieles comprometerse con toda su fuerza en recuperar y custodiar la centralidad del domingo en la vida cristiana (n. 36). Afirma, además que «la participación en la Eucaristía debe ser el corazón del domingo». Es claro que se trata de un compromiso irrenunciable, que se debe vivir no sólo como cumplimiento de un precepto, sino también como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente.

El tema de la misa dominical es central en la fe cristiana y capital para el futuro de la Iglesia en el continente latinoamericano.

En la América Latina de hoy, preocupa el porcentaje tan bajo - salvo pocas excepciones- de gente que participa en la misa dominical. En breves momentos el excelentísimo monseñor secretario del Celam se referirá a este punto.

Pero lo que preocupa aún más es que se está difundiendo una mentalidad y una cultura que tienden a no tener suficientemente en consideración el domingo y sobre todo, la asistencia a la misa dominical. Los domingos se han convertido en días no muy distintos de los demás días de la semana. Debemos ser realistas y reconocer este «diluirse» del sentido del domingo y de su fundamental importancia para la vida cristiana.

En los siglos precedentes, ha sido siempre una gran preocupación de la Iglesia el que los cristianos participen en la misa los domingos y días festivos. El domingo es el día de la identidad del cristiano y la fiesta de nuestra pertenencia a la Iglesia.

El domingo cristiano, dedicado a la elevación del espíritu, a la asistencia de la misa dando a Dios el culto que se le debe, a las aspiraciones supremas de la vida, a la bondad, al encuentro en familia, al reposo luego de la fatiga de los demás días se está convirtiendo en un domingo que es tan sólo un «fin de semana», es

decir, un día destinado al ocio que, aun cuando no pecaminoso, se queda en la pura disipación, faltando el contenido vivificante de la oración, de la escucha de la palabra de Dios, de la luz y de la fuerza que vienen de la Eucaristía.

Debemos, como pastores solícitos por el bien de las almas, ayudar a los cristianos de América Latina a redescubrir la centralidad del domingo en la vida eclesial y social de América Latina y a entender que sin la misa dominical, falta el respiro mismo de la vida cristiana.

3. El domingo es el día en el cual los cristianos se reúnen para confesar juntos su fe y para nutrirse de la palabra de Dios y de la Eucaristía.

Sin la participación en la mesa de la Palabra y en la mesa de la Eucaristía no hay posibilidad de una Iglesia viva.

Sin la participación en *la mesa de la Palabra* y en la *mesa de la Eucaristía no* hay posibilidad de una Iglesia viva.

Como bien sabemos, la Iglesia se apoya principalmente en, una coordenada espacial, que es la comunidad parroquial, y en una coordenada temporal, que es el domingo, ante todo con la participación en la santa misa. En la celebración eucarística dominical, la parroquia alcanza el punto más alto y hermoso de su realidad.

Si se debilita, o incluso falta, una de estas dos coordenadas la transmisión de la fe se debilita también y pierde sustento la construcción de la Iglesia.

Para muchos cristianos en América Latina, el único contacto con la Iglesia, la única fuente que los alimenta en su vida cristiana es

la misa dominical. Por eso, sí faltamos a la misa dominical no nos podemos llamar cristianos, porque poco a poco nos faltaría Cristo: en la misa, en efecto, nos encontramos con Cristo vivo y presente en el misterio de su Cuerpo y de su Sangre, que se nos dona. Nos faltaría además la palabra de Dios, que nutre de verdad y de significado nuestra vida cotidiana. Nos faltaría la relación con la comunidad cristiana, porque sin la misa nos encontramos cada vez más solos y aislados en un mundo secularizado que tiende a ignorar a Dios. Nos faltarían, en fin, la luz y la fuerza de nuestra fe, el sostén de nuestra esperanza, el calor de la caridad.

El incumplimiento del precepto dominical debilita la fe y sofoca el testimonio cristiano.

Cuando el domingo pierde su significado fundamental como «día del Señor» y se convierte simplemente en «fin de semana»: es decir, simple día de evasión y diversión, queda uno encerrado en un horizonte terreno, tan estrecho que ya no deja ver el cielo (cl. *Dies Domini*, 4).

Cuando en el año 303 los cuarenta y nueve mártires de Abitinia, ciudad cercana a Cartago, fueron interrogados y después condenados por el juez por haber asistido el domingo a la misa, respondieron: «Nosotros no podemos vivir sin celebrar el domingo».

Tampoco nosotros podemos ser cristianos sin reunirnos el domingo para celebrar la Eucaristía.

Hay que descubrir de nuevo y acoger en toda su riqueza el sentido del domingo como día del Señor, como día de la alegría de los cristianos. Debemos, como obispos, buscar salvar y hacer vivir profundamente la identidad religiosa de este día. Es de capital importancia que cada fiel se convenza de que no puede vivir su fe sin participar regularmente en la asamblea eucarística del domingo; de que no puede contrarrestar los influjos noci-

vos de la «cultura de muerte» sin nutrirse regularmente del «Pan de la vida». Es una exigencia inscrita en lo más profundo de la existencia cristiana. Y es condición para poder vivir bien la espiritualidad cristiana.

La fidelidad a la eucaristía dominical da a la vida un dinamismo cristiano que lleva a mirar al cielo sin olvidarse de la tierra, y a mirar a la tierra en la perspectiva del cielo.

La fidelidad a la eucaristía dominical revitaliza semanalmente la fe y hace crecer la sed de Dios y la necesidad de la oración.

La cultura de nuestra sociedad secularizada y globalizada tiende a vaciar el domingo de su significado religioso y originario, y tiende a hacer perder el significado y la importancia de la misa dominical.

De aquí brota nuestro ineludible compromiso de salvar el domingo, recuperándolo como día del Señor y día de oración, día de la Iglesia, día de reposo y, por ello, día del bien del hombre, día de la familia, día de la caridad y de la solidaridad.

4. Pero existe un motivo y una razón más para ubicar la misa dominical en el centro de la pastoral: es la conciencia de que la celebración de la Eucaristía es un encuentro con Cristo resucitado. Y es este el aspecto específico que inspira nuestra reunión de la CAL. Me parece importante que entre las tantas y loables iniciativas pastorales que las diócesis en América Latina están llevando adelante, haya alguna que de algún modo sintetice todas, y sirva para dar a todas las comunidades católicas latinoamericanas una señal de cómo la vida cristiana puede reencontrar su «centro», en el cual hacer converger todas las fuerzas espirituales. Este «centro» es la celebración eucarística dominical y festiva, justamente definida por el concilio Vaticano II «fuente y culmen de la vida de la Iglesia» (*Lumen gentium*, 11).

En sintonía con las indicaciones del Santo Padre para el Año de la Eucaristía, quisiera sugerir que este encuentro proponga a todas las diócesis latinoamericanas, contando también con la ayuda del Celam, concentrar durante uno o dos años los esfuerzos en esta importante iniciativa pastoral referida a la *celebración eucarística en el día del Señor.*

La misa del domingo no es un simple rito: en sus dos momentos -mesa de la Palabra y mesa de la celebración de la Eucaristía- es un encuentro que debemos realizar con Cristo resucitado. Es entrar en comunión con la fuerza de la palabra de Cristo y participar en el banquete de la cena del Señor. Sólo nutriéndose con el Cuerpo y la Sangre de Cristo puede sostenerse el cristiano en el testimonio que debe dar en favor de la verdad del Evangelio y afrontar con eficacia los desafíos de nuestro tiempo. No cabe duda, el domingo es el centro de la pastoral y la misa es el centro del domingo, que renueva y robustece la fe y que sostiene la vida cristiana. La escucha de la palabra de Dios y la comunión con el Cuerpo de Cristo nos hacen crecer en el amor a Dios y en la solidaridad hacia los hermanos.

Desde el inicio los cristianos abandonaron el sábado como día dedicado a Dios y lo sustituyeron por «el día después del sábado». ¿Por qué lo hicieron? Porque el domingo resucitó el Señor y el domingo tuvo lugar Pentecostés. Cristo mismo afianzó su importancia al aparecerse a sus Apóstoles la tarde de Pascua y al regresar al Cenáculo el domingo sucesivo, estando también presente Tomás.

Si de parte de todos los obispos y sacerdotes latinoamericanos hay, como fruto del Año eucarístico, un compromiso unánime, el domingo será nuevamente el corazón de la vida parroquial y la, misa el corazón del, domingo. La asistencia a la misa dominical volverá a ser un distintivo del cristiano.

Los cristianos de los primeros siglos consideraban la misa dominical una necesidad sin la cual no podían vivir. La observancia de la misa dominical era el elemento que distinguía a los cristianos de los demás. San Ignacio de Antioquía, a principios del siglo II, define a los cristianos como «aquellos que celebran el domingo».

La eucaristía dominical, en efecto, es el momento en el cual se construye nuestro ser cristianos y nuestro ser Iglesia.

Si queremos revigorizar el catolicismo en América Latina, es clave maestra «partir nuevamente de Cristo, reconocido en la fracción del pan»: es decir, trabajar para que «la misa dominical sea el centro de la vida cristiana en América Latina». Es imposible vivir realmente como cristianos sin participar en la misa los domingos y días festivos, pues gradualmente hará falta Cristo; hará falta la palabra de Dios que nutre de verdad y da significado a nuestra vida; hará falta la fuerza del pan eucarístico; hará falta el encuentro con la comunidad cristiana y el sustento que aporta tal encuentro.

Debemos, por ello, multiplicar los esfuerzos y las iniciativas por hacer comprender que el tiempo que demos a Dios yendo a misa, es el tiempo mejor empleado.

Domingo a domingo, la asistencia a la misa se va convirtiendo en una excelente escuela de vida cristiana y una fuente inacabable de luz y de fuerza para vencer al mal con el bien.

Pero, ¿cómo hacer para que la gente vaya a misa el domingo? Esto, Cristo nos lo ha dejado como tarea; tarea de todos los obispos y de todos los sacerdotes, pero tarea también nuestra como consejeros y miembros de la CAL.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN AL SERVICIO DEL ENTENDIMIENTO ENTRE LOS PUEBLOS

Mensaje del Vicario de Cristo para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales

Queridos hermanos y hermanas:

1. En la carta de Santiago leemos: «De una misma boca proceden la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así» (*St* 3, 10). La sagradas Escritura nos recuerda que las palabras tienen un extraordinario poder para unir a las personas o dividirlas, para crear vínculos de amistad o provocar hostilidad.

Esto no sólo es verdad con respecto a palabras que una persona dirige a otra. Se aplica asimismo, a toda comunicación, en cualquier nivel donde se produzca. *La tecnología moderna nos ofrece posibilidades hasta ahora desconocidas para hacer el bien, para difundir la verdad de nuestra salvación en Jesucristo y para promover la armonía y la reconciliación.* Por ello, su mal uso puede provocar daños enormes, suscitando incomprensión, prejuicios y hasta conflictos. El tema elegido para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales del año 2005, «Los medios de comunicación social al servicio del entendimiento entre los pueblos», señala una necesidad urgente: promover la unidad de la familia humana a través de la utilización de estos grandes recursos.

2. Un modo importante para lograr este objetivo es la educación. Los medios de comunicación pueden enseñar a millones de personas cómo son otras partes del mundo y otras culturas. Por ello se han llamado acertadamente «el primer areópago del tiem-

po moderno;... para muchos son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos individuales, familiares y sociales» (*Redemptoris missio*, 37). Un conocimiento adecuado promueve la comprensión, disipa los prejuicios y suscita el deseo de aprender más. Las imágenes, en particular, tienen la capacidad de transmitir impresiones duraderas y moldear actitudes. Enseñan a la gente a mirar a los miembros de otros grupos y naciones, influencia sutilmente para considerarlos amigos o enemigos, aliados o potenciales adversarios.

Los medios de comunicación social tienen un potencial enorme para promover la paz y construir puentes entre los pueblos

Cuando se presenta a los demás en términos hostiles, se siembran semillas de conflicto que pueden fácilmente convertirse en violencia, guerra e incluso genocidio. En vez de construir la unidad y el entendimiento, los medios de comunicación social pueden usarse para denigrar a los otros grupos sociales, étnicos y religiosos, fomentando el temor y el odio. Los responsables del estilo y del contenido de lo que se comunica tienen el grave deber de garantizar que esto no suceda. En efecto, *los medios de comunicación social tienen un potencial enorme para promover la paz y construir puentes entre los pueblos*, rompiendo la espiral fatal de la violencia, la venganza y las agresiones sin fin, tan extendidas en nuestro tiempo. Para decirlo con las palabras de san Pablo, que fueron la base del Mensaje para la Jornada mundial de la Paz de este año: «No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien» (*Rm* 12, 21).

3. Si esta contribución a la construcción de la paz es uno de los modos significativos como los medios de comunicación pueden

unir a las personas, otra modo es su capacidad para impulsar una rápida movilización de ayudas en respuesta a desastres naturales. Ha sido conmovedor constatar la rapidez con que la comunidad internacional respondió al reciente maremoto, que provocó innumerables víctimas. La velocidad con que las noticias viajan hoy aumenta la posibilidad de tomar a tiempo medidas prácticas para prestar la mejor asistencia. De esta manera los medios de comunicación social pueden lograr un bien muy grande.

4. El concilio Vaticano II recuerda: «Para el recto uso de estos medios de comunicación social es absolutamente necesario que todos los que los utilizan conozcan las normas del orden moral en este campo y las lleven fielmente a la práctica» (*Inter mirifica*, 4).

El principio ético fundamental es éste: «La persona humana y la comunidad humana son el fin y la medida del uso de los medios de comunicación social; la comunicación debería realizarse de personas a personas, con vistas al desarrollo integral de las mismas» (*Ética en las comunicaciones sociales*, 21). Así pues, son en primer lugar los comunicadores quienes deben poner en práctica en su vida los valores y actitudes que están llamados a inculcar en los demás. Esto debe incluir, ante todo, un auténtico compromiso con el bien común, un bien que no se reduzca a los estrechos intereses de un grupo particular o de una nación, sino que abarque las necesidades e intereses de todos, el bien de toda la familia humana (cf. *Pacem in terris*, 132). *Los comunicadores tienen la oportunidad de promover una auténtica cultura de la vida, distanciándose de la conjura actual contra la vida* (cf. *Evangelium vitae*, 17) y transmitiendo la verdad sobre el valor y la dignidad de toda persona humana.

5. El modelo y pauta de toda comunicación se encuentra en el Verbo de Dios. «De muchos modos habló Dios a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha

hablado por medio del Hijo» (*Heb* 1,1). El Verbo encarnado ha establecido una nueva alianza entre Dios y su pueblo, una alianza que también nos une a nosotros convirtiéndonos en una comunidad. «Porque él es nuestra paz, el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» (*Ef* 2, 14).

> *Los hombres y mujeres de los medios de comunicación cumplan su misión de derribar los muros de la división y la enemistad en nuestro mundo.*

En la Jornada mundial de las comunicaciones sociales de este año pido a Dios que los hombres y mujeres de los medios de comunicación cumplan su misión de *derribar los muros de la división y la enemistad en nuestro mundo,* muros que separan a los pueblos y las naciones entre sí y alimentan la incomprensión y la desconfianza. Ojalá que usen los recursos que tienen a su disposición para fortalecer los vínculos de amistad y amor que manifiestan claramente la llegada del Reino de Dios en la tierra.

Vaticano, 24 de enero de 2005, fiesta de San Francisco de Sales.

JUAN PABLO II

Mensaje del Papa a los participantes en la asamblea plenaria de la Congregación para la educación católica

ES DE DESEAR QUE EN TODAS PARTES SE RECONOZCA LA ENSEÑANZA DE LA RELIGIÓN

Del lunes 31 de enero al miércoles 2 de febrero, la Congregación para la educación católica celebró su asamblea plenaria anual, durante la cual se examinaron diversas cuestiones concernientes a los seminarios, a las facultades eclesiásticas y a las universidades católicas. Se dedicó una atención particular al proyecto de educación en los seminarios, que tiene en cuenta la complementariedad fundamental de las cuatro dimensiones de la formación: humana, intelectual, espiritual y pastoral. Con esta ocasión, el Papa Juan Pablo II envió al cardenal Zenón Grocholewski, prefecto de la Congregación, un mensaje que ofrecemos a continuación.

Al venerable hermano señor cardenal Zenón Grocholewski
Prefecto de la Congregación para la educación católica

1. Con placer le dirijo mi cordial saludo a usted, a los venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, así como a todos los miembros de ese dicasterio, reunidos con ocasión de la asamblea plenaria, Deseo pleno éxito a los trabajos de estos días, durante los cuales estáis examinando algunas cuestiones concernientes a los seminarios, a las facultades eclesiásticas y a las universidades católicas.

2. Estáis dedicando una atención particular al proyecto de educación en los seminarios, que tiene en cuenta la complementariedad fundamental de las cuatro dimensiones de la formación: humana, intelectual, espiritual y pastoral (cf. *Pastores dabo vobis*, 43-59).

A la luz de los actuales cambios sociales y culturales, a veces puede resultar útil que los educadores se sirvan de la colaboración de especialistas competentes para ayudar a los seminaristas a comprender más a fondo las exigencias del sacerdocio, considerando el celibato como un don de amor al Señor y a los hermanos. Ya en el momento de la admisión de los jóvenes al seminario se debe comprobar atentamente su idoneidad para vivir el celibato, para tener, antes de la ordenación, una certeza moral sobre su madurez afectiva y sexual.

3. Vuestra plenaria ha dirigido su atención también a las facultades eclesiásticas y a las universidades católicas, que representan un rico patrimonio para la Iglesia. En la «gran primavera cristiana» que Dios está preparando (cf. *Redomptoris missio*, 86), deben distinguirse por la calidad de la enseñanza y de la investigación, a fin de que puedan dialogar adecuadamente con las demás facultades y universidades.

Dada la rapidez del actual desarrollo científico y tecnológico, esas instituciones están llamadas a una renovación continua, valorando «las conquistas de la ciencia y de la tecnología en la perspectiva total de la persona humana» (*Ex corde Ecclesiae*, 7). Desde este punto de vista, seguramente es útil el diálogo interdisciplinar. En particular, resulta fecunda la confrontación con «una filosofía de alcance *auténticamente metafísico*» (*Fides et ratio*, 83), y con la misma teología.

4. Otro tema interesante de vuestros trabajos es la educación cristiana a través de las instituciones escolares. Hace cuarenta años la declaración conciliar *Gravissimum educationis* expuso, al respecto, algunos principios que luego la Congregación para la educación católica ha desarrollado aún más.

En el contexto de la globalización y del cruce variable de pueblos y culturas, la Iglesia siente la urgencia del mandato de anunciar el Evangelio y quiere vivirlo con renovado impulso misionero.

Por tanto, la educación católica se presenta cada vez más como el fruto de una misión que deben «compartir» los sacerdotes, las personas consagradas y los fieles laicos. En este horizonte se sitúa el servicio eclesial que prestan los profesores de religión católica en la escuela. Su enseñanza contribuye al desarrollo integral de los alumnos y al conocimiento del otro, dentro del respeto recíproco. Por tanto, es de desear que en todas partes se reconozca la enseñanza de la religión y desempeñe un papel adecuado en el proyecto educativo de las instituciones escolares.

5. Por último, quisiera aludir a la eficaz labor vocacional que realiza la Obra pontificia para las vocaciones sacerdotales, instituida por mi venerado predecesor Pío XII. Sostiene, ante todo, la *Jornada mundial de oración por las vocaciones*: una cita anual en torno a la cual se llevan a cabo iniciativas y acontecimientos de la pastoral vocacional en todas las diócesis.

Al manifestar mi profunda gratitud a esta benemérita y fecunda institución, animo de buen grado a cuantos dedican tiempo y esfuerzo a promover una amplia pastoral de las vocaciones en el seno de la comunidad eclesial. Además, me parece muy oportuna la iniciativa espiritual que ha puesto en marcha durante este año dedicado a la Eucaristía, es decir, crear, a través de turnos de oración en cada continente, un vínculo de oración que una entre sí a las comunidades cristianas de todo el mundo.

6. A este respecto, quisiera reafirmar que la Eucaristía es el manantial y el alimento de toda vocación sacerdotal y religiosa. Por tanto, deseo expresar mi aprecio por toda iniciativa insertada en esta «red» de oración por las vocaciones, que espero envuelva al mundo. Que María, «Mujer eucarística», vele sobre cuantos dedican sus energías a la pastoral vocacional. A todos vosotros, y a vuestros seres queridos, imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 1 de febrero de 2005.

Joannes Paulus II

LA MISA DOMINICAL, CENTRO DE LA VIDA CRISTIANA EN AMÉRICA LATINA

Recomendaciones pastorales de la reunión plenaria de la Comisión pontificia para América Latina, celebrada del 18 al 21 de enero de 2005

Introducción

Jesucristo, nuestro Señor, en la última Cena, antes de padecer instituyó el sacrificio eucarístico y el sacerdocio ministerial. Al decir «haced esto en memoria mía» (*Lc* 22, 19), ordenó que el sacrificio eucarístico fuera celebrado hasta su venida al final de los tiempos.

La participación en la misa dominical es distintivo característico del cristiano y una exigencia para alimentar la propia fe y para dar fuerza al testimonio cristiano. Sin la misa del domingo y de los demás días festivos, faltaría el corazón mismo de la vida cristiana.

Cuando el domingo pierde su significado fundamental de «día del Señor» y se transforma en un simple fin de semana (*weekend*), es decir un día de pura evasión y diversión, queda el cristiano prisionero de un horizonte terreno tan estrecho que no deja siquiera ver el cielo (cf. *Dies Domini*, 4). La participación en la misa dominical es siempre fundamental para vivir la existencia cristiana, y eso vale de modo especial ante los grandes desafíos de hoy.

La Eucaristía dominical es también el manantial del vigor misionero, que se fortalece en el encuentro frecuente con Jesús. Es fuente y cumbre de la vida cristiana. América Latina necesita un

nuevo impulso misionero, que lleve al creyente al encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, comunión y solidaridad, conforme a la gran orientación que nos dejó el Santo Padre en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*. Por ello, la Pontificia Comisión para América Latina, después de estudiar cómo las Iglesias particulares de los países latinoamericanos celebran y viven el domingo, hace las siguientes recomendaciones pastorales, que presenta a los obispos diocesanos, a las Conferencias episcopales de *América* Latina y del Caribe, a los sacerdotes, diáconos y agentes de pastoral, para que, con renovado vigor, animen la nueva evangelización, a la que el Papa ha llamado a todos los fieles.

América Latina necesita un nuevo impulso misionero, que lleve al creyente al encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, comunión y solidaridad

Recomendaciones

Es necesario reafirmar la centralidad del «día del Señor» y de la Eucaristía dominical en las distintas comunidades de la diócesis, entre las que destacan las parroquias (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 42).

En el misterio de la Eucaristía se refleja la estructura trinitaria de la economía de la salvación: de ahí que es necesario enfatizar su dimensión pneumatológica y su articulación con el misterio de la Iglesia.

También es necesario insistir en la dimensión sacrificial de la celebración eucarística: ofrenda total, libre, gratuita y amorosa de Jesús al Padre en la cruz, por nosotros y por nuestra salvación.

El reino de Dios, cuyo germen es la Iglesia, fue el núcleo de la predicación de Jesús, por eso es necesario relacionarlo con la Eucaristía, centro vital y dinámico de ese reino.

La comunidad parroquial es un lugar privilegiado para expresar la comunión eclesial, especialmente cuando se celebra la misa dominical. Es importante recordar que toda Eucaristía se celebra siempre en comunión con el obispo diocesano y con el Romano Pontífice (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 42; *Christus Dominus*, 30; *Ecclesia de Eucharistia*, 39).

El lugar donde se celebra la Eucaristía, que normalmente es el templo, debe ser digno y adecuado, con suficiente comodidad para los fieles.

Insistir en la dignidad y en el carácter sagrado de las celebraciones, cuidando siempre que se utilicen ornamentos dignos, procurando la presencia de monaguillos y que la música, aun con acompañamientos y ritmos moderados típicos, sea litúrgica y bella, con cantos apropiados para cada momento de la celebración y con letras debidamente aprobadas, de buen contenido teológico y belleza literaria.

La Eucaristía debe ser celebrada con la mayor dignidad posible, aun en los lugares más pobres, como son las prisiones, asilos de ancianos, hospitales y otros donde más se sufre.

Estudiar, siempre bajo la autoridad del obispo y de la Santa Sede, la conveniente adaptación de las celebraciones eucarísticas, como las misas con niños, jóvenes y personas de capacidades diferentes, sin que sean siempre separados de la comunidad parroquial.

Poner especial atención en la acogida de los fieles: esta debe ser cordial, para que la comunidad se sienta fraternalmente unida.

Se sugiere reflexionar acerca de la posibilidad de implementar un servicio de acogida.

Debe fomentarse entre los fieles una participación activa en la sagrada Eucaristía.

El sacerdote y los fieles necesitan profundizar e interiorizar aún más la riqueza y el sentido de la misa dominical como momento central del «día del Señor» en el que la comunidad cristiana, presidida por el sacerdote, celebra su fe con ánimo fraterno y solidario, así como recalcar el carácter obligatorio de la participación en la misa dominical.

El sacerdote y los fieles necesitan profundizar e interiorizar aún más la riqueza y el sentido de la misa dominical

Motivar a los sacerdotes para que celebren la Eucaristía con reverencia cada vez mayor, y para que en sus posturas y gestos, así como en el modo de pronunciar los textos y oraciones, busquen reflejar la grandeza y el valor del misterio que se realiza.

Motivar a los sacerdotes para que no omitan el tiempo de preparación antes de celebrar la santa Eucaristía, y para que puedan disponer adecuadamente su espíritu a la acción sagrada que van a realizar.

Que el sacerdote o diácono que dice la homilía, con una conveniente preparación remota y próxima, procure ser hombre de oración y dé testimonio de aquello que predica.

Es conveniente dar importancia a la calidad de la homilía, y motivar el recurso a sus principales fuentes: la sagrada Escritura, la Tradición de la Iglesia y el Magisterio, sin descuidar al mismo

tiempo la aplicación pastoral a la situación concreta de la comunidad.

Incluir en la oración universal de la misa y en la adoración al santísimo Sacramento oraciones por las vocaciones sacerdotales, a fin de que no falten ministros para el servicio espiritual del pueblo de Dios, y especialmente para la celebración de la santísima Eucaristía en las diversas comunidades.

Cuidar de forma especial la preparación y formación de las personas que colaboran en los diversos servicios litúrgicos, como por ejemplo: acólitos, lectores, ministros de la distribución de la sagrada comunión, encargados de presidir las «celebraciones dominicales en espera de sacerdote», guías, cantores, sacristanes, etc.

Difundir la *lectio divina* como medio para la preparación remota a la celebración eucarística y para la formación de los fieles.

Es imprescindible dar una catequesis viva y completa sobre el valor y la naturaleza de la santa misa, apoyándose especialmente en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia.* Para ello, puede ser muy útil valerse del esquema ternario de la aclamación: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven Señor Jesús!».

Renovar la catequesis de la iniciación cristiana de tal modo que se vea más claramente el vínculo entre los tres sacramentos: bautismo, confirmación y Eucaristía.

Es preciso motivar la participación frecuente en el sacramento de la reconciliación, así como recordar los casos en que constituye un requisito necesario para poder recibir la Eucaristía.

Acojer con especial solicitud pastoral a las personas impedidas

de participar en la comunión eucarística (uniones irregulares) invitándolas a la oración, a leer y escuchar la palabra de Dios y a ejercitar la penitencia y la caridad.

Incrementar la catequesis sobre la Eucaristía en la familia, con los niños, los jóvenes y especialmente con los adultos.

Promover con decisión la participación de la familia: padre, madre e hijos en la celebración eucarística dominical, para hacer más significativa la presencia del núcleo familiar.

Fomentar las distintas formas de piedad eucarística como: la procesión del *Corpus Christi* y las otras procesiones eucarísticas; la adoración al santísimo Sacramento, en particular la práctica de la adoración nocturna, cada vez más difundida; las Vísperas con la bendición del Santísimo; las visitas al Santísimo; las Cuarenta Horas, etc... Todas ellas aumentan el fervor eucarístico y favorecen la asistencia a la misa dominical.

Es necesario valorar la práctica de tantos fieles que asisten a las grandes fiestas y peregrinaciones, y procurar que la sagrada Eucaristía ocupe en ellas un lugar central, así como aprovechar dichas ocasiones para fomentar una mayor y más viva participación en las misas dominicales.

Preparar muy bien las misas televisadas y las transmitidas por radio para aquellos que están impedidos o no están obligados al precepto. Para ello se necesita conocimiento y preparación técnica.

Ayudar a tomar conciencia de la gracia y la fuerza misionera que tiene la Eucaristía dominical, a fin de que la participación en ella dé un fuerte impulso al compromiso y a la misión de los cristianos.

Incentivar a los miembros de los movimientos y asociaciones eclesiales a participar en la misa dominical en la parroquia.

Que en los trabajos de preparación de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano se dé un énfasis especial al «día del Señor» y a la participación en la misa dominical como primer compromiso y testimonio del discípulo de Jesucristo.

Que el Celam ofrezca subsidios catequísticos que sirvan para una mejor comprensión y vivencia de cada momento y de cada signo de la celebración eucarística.

Recomendar que en las celebraciones dominicales en ausencia del sacerdote se usen algunos signos que indiquen a los fieles que dichas celebraciones no sustituyen la celebración eucarística. Se aconseja que sean llamadas «celebración *en espera* del sacerdote».

Ciudad del Vaticano, 21 de enero de 2005.

Carta apostólica del Santo Padre Juan Pablo II a los responsables de las comunicaciones sociales

«EL RÁPIDO DESARROLLO»

1. El rápido desarrollo de las tecnologías en el campo de los medios de comunicación constituye, sin duda, un signo del progreso que experimenta la sociedad actual. Al contemplar estas novedades en continua evolución resulta aún más actual cuanto se lee en el decreto del concilio ecuménico Vaticano II *Inter mirifica*, promulgado por mi venerado predecesor, el siervo de Dios Pablo VI, el 4 de diciembre de 1963: «Entre los maravillosos inventos de la técnica que, sobre todo en nuestros tiempos, ha extraído el ingenio humano, con la ayuda de Dios, de las cosas creadas, la Madre Iglesia acoge y fomenta con peculiar solicitud aquellos que miran principalmente al espíritu humano y han abierto nuevos caminos para comunicar, con extraordinaria facilidad, todo tipo de noticias, ideas y doctrinas»[1].

I. *Un camino fecundo trazado por el Decreto «Inter mirifica»*

2. Transcurridos más de cuarenta años desde la publicación de aquel documento, se hace oportuno una nueva reflexión sobre los «desafíos» que las comunicaciones sociales plantean a la Iglesia, la cual, como indicó Pablo VI, «se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios»[2]. De hecho, la Iglesia no sólo ha de usar esos medios de comunicación para difundir el Evangelio sino, también, hoy más que nunca, para integrar el mensaje salvífico «nueva cultura» que precisamente

1 *Inter. mirifica,* 1.

2 Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975): *AAS* 68 (1976), 35.

esos poderosos medios crean y amplifican. La Iglesia advierte que el uso de las técnicas y de las tecnologías de la comunicación contemporáneas es parte integrante de su propia misión en el tercer milenio.

Movida por esta consciencia, la comunidad cristiana ha dado pasos significativos en el uso de los medios de comunicación para la información religiosa, para la evangelización y la catequesis, para la información de los agentes de pastoral en este sector y para la educación en una madura responsabilidad de los usuarios y destinatarios de los diversos instr umentos de la comunicación.

3. Los desafíos para la nueva evangelización, en un mundo rico en potencialidad comunicativa como el nuestro, son múltiples. Teniendo en cuenta esta r ealidad, en la carta encíclica *Redemptoris missio* subrayé, que el *mundo de la comunicación* es el primer areópago del tiempo moderno, capaz de unificar a la humanidad, transformándola, como suele decirse, en «una aldea global». Los medios de comunicación social han alcanzado una importancia tan grande que para muchos son el principal instrumento de guía y de inspiración para su comportamiento individual, familiar y social. Se trata de un problema complejo, que ya tal cultura, antes que de los contenidos, nace del hecho mismo de la existencia de nuevos métodos de comunicar con técnicas y lenguajes inéditos.

Vivimos en una época de comunicación global, en la que muchos momentos de la existencia humana se articulan a través de procesos mediáticos o por lo menos deben confrontarse con ellos. Me limito a recordar la formación de la personalidad y de la conciencia, la interpretación y la estructuración de vínculos afectivos, la articulación de las fases educativas y formativas, la elaboración y la difusión de fenómenos culturales, y el desarrollo de una vida social, política y económica.

En una visión orgánica y correcta del desarrollo del ser humano, los medios de comunicación pueden y deben promover la justicia y la solidaridad, refiriendo los acontecimientos de modo esmerado y verdadero, analizando completamente las situaciones y los problemas, y dando voz a las diversas opiniones. Los criterios supremos de la verdad y de justicia, en el ejercicio maduro de la libertad y de la responsabilidad, constituyen el horizonte dentro del cual se sitúa una auténtica deontología en el aprovechamiento de los modernos y potentes medios de comunicación social.

II. *Discernimiento evangélico y compromiso misionero*

4. También el mundo de los medios de comunicación necesita la redención de Cristo. Para analizar, con los ojos de la fe, los procesos y el valor de las comunicaciones sociales resulta de indudable utilidad la profundización de la sagrada Escritura, la cual se presenta como un «gran código» de comunicación de un mensaje no efímero y ocasional, sino fundamental en razón de su valor salvífico.

La historia de la salvación narra y documenta la comunicación de Dios con el hombre, comunicación que utiliza todas las formas y modalidades del comunicar. El ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, para acoger la revelación divina y para entablar un diálogo de amor con Él. A causa del pecado, esta capacidad de diálogo ha sido alterada, tanto a nivel personal como social, y los hombres han vivido y siguen viviendo la amarga experiencia de la incomprensión y de la lejanía. Sin embargo Dios no los ha abandonado y les ha enviado a su mismo Hijo (cf. *Mc* 12, 1-11). En el Verbo hecho carne el evento comunicativo asume su máxima dimensión salvífica: de este modo se da al hombre, en el Espíritu Santo, la capacidad de recibir la salvación y de anunciarla y testimoniarla a sus hermanos.

5. Por tanto, la comunicación entre Dios y la humanidad ha alcanzado su perfección en el Verbo hecho carne. El acto de amor a través del cual Dios se revela, unido a la respuesta de fe de la humanidad, genera un diálogo fecundo. Precisamente por esto, al hacer nuestra, en cierto modo, la petición de los discípulos «*enséñanos a orar*» (*Lc* 11, 1), podemos pedirle al Señor que nos ayude a entender cómo comunicarnos con Dios y con los hombres a través de los maravillosos instrumentos de la comunicación social. Reconducidos al horizonte de tal comunicación última y decisiva, los medios de comunicación social se revelan como una oportunidad providencial para llegar a los hombres en cualquier latitud, superando las barreras de tiempo, de espacio y de lengua, formulando en las más diversas modalidades los contenidos de la fe y ofreciendo a quien busca lugares seguros que permitan entrar en diálogo con el misterio de Dios revelado plenamente en Cristo Jesús.

El Verbo encarnado nos ha dejado el ejemplo de cómo comunicarnos con el Padre y con los hombres, sea viviendo momentos de silencio y de recogimiento, sea predicando en todo lugar y con todos los lenguajes posibles. Él explica las Escrituras, se expresa en parábolas, dialoga en la intimidad de las casas, habla en las plazas, en las calles, en las orillas del lago y en las cimas de los montes. El encuentro personal con él no deja indiferente; al contrario, estimula a imitarlo: «*Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que os digo al oído, proclamadlo desde los terrados*» (*Mt* 10, 27).

Hay después un momento culminante en el que la comunicación se hace comunión plena: es el encuentro eucarístico. Reconociendo a Jesús en la «fracción del pan» (cf. *Lc* 24, 30-31), los creyentes se sienten impulsados a anunciar su muerte y resurrección y hacer valientes y gozosos testigos de su reino (cf. *Lc* 24, 35).

6. Gracias a la Redención, la capacidad comunicativa de los creyentes se ha sanado y renovado. El encuentro con Cristo los transforma en criaturas nuevas, les permite entrar a formar parte del pueblo que él ha conquistado con su sangre muriendo en la cruz, y los introduce en la vida íntima de la Trinidad que es comunicación continua y circular de amor perfecto e infinito entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La comunicación penetra las dimensiones esenciales de la Iglesia, llamada a anunciar a todos el gozoso mensaje de la salvación. Por esto, asume las oportunidades que le brindan los medios de comunicación social como caminos ofrecidos providencialmente por Dios en nuestros días para acrecentar la comunión y hacer más incisivo el anuncio[3]. Los medios de comunicación permiten manifestar el carácter universal del pueblo de Dios, favoreciendo un intercambio más intenso e inmediato entre las Iglesias locales y alimentando el recíproco conocimiento y colaboración.

Damos gracias a Dios por la presencia de estos poderosos medios que, si los creyentes los usan con el genio de la fe y con docilidad a la luz del Espíritu Santo, pueden contribuir a facilitar la difusión del Evangelio y hacer más eficaces los vínculos de comunión entre las comunidades eclesiales.

III. *Cambio de mentalidad y renovación pastoral*

7. En los medios de comunicación la Iglesia encuentra un apoyo excelente para difundir el Evangelio y los valores religiosos,

3 Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici* (30 de diciembre de 1988), nn. 18-24: *AAS* 81 (1989), 421-435; cf. Pontificio Consejo de las Comunicaciones Sociales, Instrucción pastoral *Ætatis novæ* (22 de febrero de 1992), n. 10: *AAS* 84 (1992), 454-455.

para promover el diálogo y la cooperación ecuménica e interreligiosa, así como para defender aquellos sólidos principios indispensables para la construcción de una sociedad respetuosa de la dignidad de la persona humana y atenta al bien común. Asimismo, la Iglesia los emplea de buen grado para proporcionar información sobre sí misma y para dilatar los confines de la evangelización, de la catequesis y de la formación, convencida de que su utilización responde al mandato del Señor: *«Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación»* (*Mc* 16, 15).

Ciertamente esta misión no es fácil en nuestra época, en la cual se ha difundido en muchos la convicción de que el tiempo de las certezas ha pasado irremediablemente: para muchos el hombre debería aprender a vivir en una perspectiva de carencia total de sentido, caracterizada por lo provisional y lo fugaz[4]. En este contexto, los medios de comunicación pueden usarse «para proclamar el Evangelio o para reducirlo al silencio en los corazones de los hombres»[5]. Esto representa un serio reto para los creyentes, sobre todo para los padres, para las familias y para cuantos son responsables de la formación de la infancia y de la juventud. Es preciso estimular en la comunidad eclesial, con prudencia y sabiduría pastoral, a quienes tienen particular dotes para el trabajo en el campo de los medios de comunicación, para que lleguen a ser profesionales capaces de dialogar con el vasto mundo mediático.

8. Valorizar los medios de comunicación no es sólo tarea de los «entendidos» del sector, sino también de toda la comunidad eclesial. Sí, como se ha dicho antes, las comunicaciones sociales abarcan los diversos ámbitos de la expresión de la fe, los cristianos deben tener en cuenta la cultura mediática en la que vivi-

4 Cf. Juan Pablo II, Carta encíclica *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), 91: *AAS* 91 (1999), 76-77.

5 *Ætatis novæ* 4.

mos: desde la liturgia, suprema y fundamental expresión de la comunicación con Dios y con los hermanos, hasta la catequesis, que no puede prescindir del hecho que se dirige a personas influenciadas por el lenguaje y la cultura contemporáneos.

El fenómeno actual de las comunicaciones sociales impulsa a la Iglesia a una especie de revisión pastoral y cultural para ser capaz de afrontar de manera adecuada el cambio de época que estamos viviendo. Esta exigencia corresponde, sobre todo, a los pastores. En efecto, es importante trabajar para que el anuncio del Evangelio se haga de modo incisivo, que estimule la escucha y favorezca la acogida[6]. En este campo tienen una especial responsabilidad las personas consagradas que, por su carisma institucional, se dedican al trabajo en el ámbito de las comunicaciones sociales. Una vez formadas espiritual y profesionalmente, «presten de buen grado sus servicios, según las oportunidades pastorales, (...) para que se eviten, de una parte, los daños provocados por un uso adulterado de los medios y, de otra, se promueva una mejor calidad de las transmisiones, con mensajes respetuosos de la ley moral y ricos en valores humanos y cristianos»[7].

9. Precisamente teniendo en cuenta la importancia de los medios de comunicación, hace quince años juzgué inoportuno dejarlos a la iniciativa individual y de grupos pequeños, y sugerí que se insertaran con claridad en la programación pastoral[8]. Las nuevas tecnologías, en especial, crean nuevas oportunidades para una comunicación entendida como servicio al gobierno pastoral y a

6 Cf. Juan Pablo II, Exhort. Ap. Post-sinodal, *Pastores gregis*, 30: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 17 octubre 2003, p.10.

7 Juan Pablo II, Exhort. Ap. Post-sinodal, *Vita consecrata* (25 marzo 1996), 99: *AAS* 88 (1996), 476.

8 Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris missio* (7 diciembre 1990), 37: *AAS* 83 (1991), 282-286.

la organización de las diversas tareas de la comunidad cristiana. Piénsese, por ejemplo, cómo en internet: no sólo proporciona recursos para una mejor información, sino que también habitúa a las personas a una comunicación interactiva[9]. Muchos cristianos ya están usando este nuevo instrumento de modo creativo, explorando las potencialidades para la evangelización, para la educación, para la comunicación interna, para la administración y para el gobierno. Pero, además de internet, se deben utilizar otros nuevos medios y se han de buscar nuevas formas de usar los instrumentos tradicionales. Los periódicos, las revistas, los diversos tipos de publicaciones, la televisión y la radio católicas siguen siendo muy útiles en un panorama completo de la comunicación eclesial.

Los contenidos –que, naturalmente, se deben adaptar a las necesidades de los diversos grupos–, tendrán siempre por objeto hacer a las personas conscientes de la dimensión ética y moral de la información[10]. Del mismo modo, es importante garantizar la formación y la atención pastoral de los profesionales de la comunicación. Con frecuencia estas personas se encuentran ante presiones particulares y dilemas éticos que emergen del trabajo cotidiano; muchos de ellos «deséan sinceramente saber y practicar lo que es justo en el plano ético y moral» y esperan de la Iglesia orientación y apoyo[11].

9 Cf. Pont. Consejo para las Comunicaciones Sociales, *La Iglesia e Internet* (22 febrero 2002), 6: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, (15 de marzo 2002) pp.11.

10 Cf. *Inter mirifica*, 15-16; Pont. Comisión para los Comunicaciones Sociales, Inst. pastoral *Communio et progressio* (23 mayo 1971), n. 107: *AAS* 63 (1971) 631-632; *Ætatis novæ*, 18.

11 Cf. *Ætatis novæ*, 19.

IV. *Los medios de comunicación, encrucijada de las grandes cuestiones sociales*

10. La Iglesia, que en virtud del mensaje de salvación que le confió su Señor, es también muestra de humanidad, siente el deber de dar su propia contribución para una mejor comprensión de las perspectivas y de las responsabilidades ligadas al actual desarrollo de las comunicaciones sociales. Precisamente porque influyen en la conciencia de las personas, forman su mentalidad y determinan su visión de las cosas, es preciso insistir de manera clara y fuerte que los medios de comunicación social constituyen un patrimonio que se debe tutelar y promover. Es necesario que también las comunicaciones sociales entren en un marco de derechos y deberes orgánicamente estructurados, desde el punto de vista tanto de la formación y la responsabilidad ética, como de la referencia a las leyes y a las competencias institucionales.

El positivo desarrollo de los medios de comunicación al servicio del bien común es una responsabilidad de todos y de cada uno[12]. Debido a los fuertes vínculos que los medios de comunicación tienen con la economía, la política y la cultura, es necesario un sistema de gestión que sea capaz de salvaguardar el carácter central y la dignidad de la persona, el primado de la familia, célula fundamental de la sociedad, y la correcta relación entre las diversas instituciones.

11. Se imponen algunas decisiones que se pueden sintetizar en tres opciones fundamentales: *formación, participación y diálogo*.

En primer lugar, es necesaria una *vasta obra formativa* para que los medios de comunicación sean conocidos y usados de manera consciente y apropiada. Los nuevos lenguajes introducidos

12 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2494.

por ellos modifican los procesos de aprendizaje y la calidad de las relaciones humanas, por lo cual, sin una adecuada formación se corre el riesgo de que en vez de estar al servicio de las personas, las instrumentalicen y condicionen gravemente. Esto vale, de manera especial, para los jóvenes que manifiestan una propensión natural a las innovaciones tecnológicas y que, por eso mismo, tienen mayor necesidad de ser educados en el uso responsable y crítico de los medios de comunicación.

En segundo lugar, quisiera llamar la atención hacia el acceso a los medios de comunicación y hacia la *participación corresponsable* en la gestión de los mismos. Si las comunicaciones sociales son un bien destinado a toda la humanidad, se deben encontrar formas siempre actualizadas para hacer posible una amplia participación en su gestión, incluso a través de oportunas medidas legislativas. Es necesario hacer crecer la cultura de la corresponsabilidad.

Por último, no hay que olvidar las grandes potencialidades que los medios de comunicación tienen para favorecer el *diálogo*, convirtiéndose en vehículos de conocimiento recíproco, de solidaridad y de paz. Dichos medios constituyen un poderoso recurso positivo si se ponen al servicio de la comprensión entre los pueblos y, en cambio, un «arma» destructiva, si se usan para alimentar injusticias y conflictos. De manera profética, mi venerado predecesor, el beato Juan XXIII, en la Encíclica *Pacem in terris*, ya puso en guardia a la humanidad sobre los posibles riesgos[13].

12. Suscita un gran interés la reflexión sobre el papel «de la opinión pública en la Iglesia» y «de la Iglesia en la opinión pública». Mi venerado predecesor Pío XII, durante el encuentro con los

13 Cf. Juan Pablo II, Mensaje para la XXXVII jornada mundial de las comunicaciones sociales (24 enero 2003): L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 31 enero 2003, p. 7.

editores de periódicos católicos, les dijo que algo faltaría en la vida de la Iglesia si no existiera la opinión pública. Este mismo concepto ha sido confirmado en otras circunstancias[14]; y en el código de derecho canónico, se reconoce, con determinadas condiciones, el derecho a expresar la propia opinión[15]. Si es cierto que las verdades de fe no están abiertas a interpretaciones arbitrarias y que el respeto a los derechos de los otros crea límites intrínsecos a la expresión de las propias valoraciones, no es menos cierto que en otros campos existe entre los católicos un amplio espacio para el intercambio de opiniones, en un diálogo respetuoso de la justicia y de la prudencia.

Tanto la comunicación en el seno de la comunidad eclesial como la de la Iglesia con el mundo exigen transparencia y un modo nuevo de afrontar las cuestiones referentes al universo de los medios de comunicación. Tal comunicación debe tender a un diálogo constructivo para promover en la comunidad cristiana una opinión pública rectamente informada y capaz de discernir. La Iglesia, al igual que otras instituciones o grupos, tiene la necesidad y el derecho a dar a conocer sus propias actividades, pero al mismo tiempo, cuando sea necesario, debe poder garantizar una adecuada reserva, sin que ello perjudique una comunicación puntual y suficiente de los hechos eclesiales. Este es uno de los campos donde se requiere mayor colaboración entre fieles laicos y pastores, ya que, como subraya oportunamente el Concilio, «de este trato familiar entre los laicos y los pastores se pueden esperan muchos bienes para la Iglesia: actuando así, en los laicos se desarrolla el sentido de la propia responsabilidad, se favorece

14 Cf. *Lumen Gentium*, 37; *Communio et progressio* 114-117.

15 Código de derecho canónigo, 212, § 3: «Tienen el derecho, y a veces incluso el deber, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de manifestar a los demás fieles, salvando siempre la integridad de la fe y de las costumbres, y la reverencia hacia los pastores, habida cuenta de la utilidad común y de la dignidad de las personas».

el entusiasmo y las fuerzas de los laicos se unen más fácilmente a la tarea de los pastores. Estos, ayudados por laicos competentes, pueden juzgar con mayor precisión y capacidad tanto las realidades espirituales como los temporales, de manera que toda la Iglesia, fortalecida por todos sus miembros, realice con mayor eficacia su misión para la vida del mundo»[16].

V. *Comunicar con la fuerza del Espíritu Santo*

13. El gran reto para los creyentes y para las personas de buena voluntad en nuestro tiempo es el de mantener una comunicación verdadera y libre, que contribuya a consolidar el progreso integral del mundo. A todos se les pide saber cultivar un atento discernimiento y una constante vigilancia, madurando una sana capacidad crítica ante la fuerza persuasiva de los medios de comunicación.

También en este campo los creyentes en Cristo saben que pueden contar con la ayuda del Espíritu Santo, una ayuda aún más necesaria si se considera cuán grandes pueden ser las dificultades intrínsecas a la comunicación a causa de las ideologías, del afán de ganancia y de poder, de las rivalidades y de los conflictos entre individuos y grupos, como a causa de la fragilidad humana y de los males sociales. Las modernas tecnologías hacen que crezca de manera impresionante la velocidad, la cantidad y el alcance de la comunicación, pero no favorecen del mismo modo el frágil intercambio entre mente y mente, entre corazón y corazón, que debe caracterizar toda comunicación al servicio de la solidaridad y del amor.

En la historia de la salvación Cristo se nos ha presentado como «comunicador» del Padre: «*Dios ... en estos últimos tiempos nos ha*

16 *Lumen gentium*, 37.

hablado por medio del Hijo» (*Hb* 1, 2). Él, Palabra eterna hecha carne, al comunicarse, manifiesta siempre respeto hacia aquellos que le escuchan, enseña la comprensión de su situación y sus necesidades, impulsa a la compasión por sus sufrimientos y a la firme determinación de decirles lo que tienen necesidad de escuchar, sin imposiciones ni componendas, sin engaño ni manipulación. Jesús enseña que la comunicación es un acto moral «*El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas; el hombre malo, del tesoro malo saca cosas malas. Os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado*» (*Mt* 12, 35-37).

14. El apóstol san Pablo tiene un mensaje claro para cuantos están comprometidos en las comunicaciones sociales –políticos, comunicadores profesionales y espectadores–: «*Por lo tanto, desechando la mentira, hable con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros. (...) No salga de vuestra boca palabra dañosa, sino la que sea conveniente para edificar según la necesidad y hacer el bien a los que os escuchan*» (*Ef* 4, 25. 29).

A los agentes de la comunicación, y especialmente a los creyentes que trabajan en este importante ámbito de la sociedad, aplico la invitación que hice al mundo entero desde el inicio de mi ministerio de Pastor de la Iglesia universal: «¡No tengáis miedo!».

¡No tengáis miedo de las nuevas tecnologías! están «entre las cosas maravillosas» –«*Inter mirifica*»– que Dios ha puesto a nuestra disposición para descubrir, usar, dar a conocer la verdad; también la verdad sobre nuestra dignidad y sobre nuestro destino de hijos suyos, herederos del Reino eterno.

¡No tengáis miedo de la oposición del mundo! Jesús nos aseguró «*Yo he vencido al mundo*» (*Jn* 16, 33).

¡No tengáis miedo de vuestra debilidad y de vuestra incapacidad! El divino Maestro dijo: «*Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (*Mt* 28, 20). Comunicad el mensaje de esperanza, de gracia y de amor de Cristo, manteniendo siempre viva, en este mundo que pasa, la perspectiva eterna del cielo, perspectiva que ningún medio de comunicación podrá alcanzar jamás directamente: «*Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, Dios preparó para los que le aman*». (*1Cor* 2, 9).

A María, que nos dio el Verbo de vida y conservó en su corazón las palabras que no perecen, encomiendo el camino de la Iglesia en el mundo de hoy. Que la Virgen Santísima nos ayude a comunicar, con todos los medios, la belleza y la alegría de la vida en Cristo nuestro Salvador.

¡A todos os bendigo!

Vaticano, 24 de enero de 2005, memoria de san Francisco de Sales, patrono de los periodistas.

Joannes Paulus II

Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II al Eminentísimo Señor Cardenal Antonio José González Zumárraga, Arzobispo Emérito de Quito,

CON MOTIVO DE SU OCHENTA CUMPLEAÑOS

Quito, marzo 18 de 2005

N. 5696/05

Eminencia Reverendísima:

Tengo el agrado de hacerle llegar el texto del Mensaje que le envía el Santo Padre con motivo de su cumpleaños y que recibí esta mañana vía fax.

Señor Cardenal Antonio José González Zumárraga
Arzobispo Emérito de Quito

Al celebrar su ochenta cumpleaños, deseo hacerle llegar, señor cardenal, mi más cordial felicitación, uniéndome espiritualmente en acción de gracias a Dios a cuantos en este día le expresan su afecto sincero y su admiración profunda por estos largos y fecundos años vividos al servicio de la Iglesia.

Apreciando su celo pastoral, primero como sacerdote y luego como obispo, hasta llegar a presidir la sede metropolitana de Quito, quiero resaltar, una vez más, su valiosa contribución, junto con los demás hermanos obispos, en la guía religiosa y pastoral de esa querida nación. Ahora, rodeado del cariño de tantos prelados, sacerdotes, comunidades religiosas y fieles, sigue animando con su oración la vida de la Iglesia ecuatoriana en el tercer milenio.

En esta feliz circunstancia, elevo mi plegaria al Buen Pastor para que le conceda abundantes dones de paz y bienestar espiritual, e invocando la maternal protección de Nuestra Señora del Quinche, le imparto con gran afecto la bendición apostólica, que extiendo complacido a sus familiares y a los demás participantes en la celebración jubilar.

Joannes Paulus PP. II

Mientras me uno muy respetuosamente a esta felicitación de Su Santidad, agradeciéndole al Señor por su vida y pidiéndole lo siga colmando de bendiciones, aprovecho la oportunidad para reiterar a Su Eminencia Reverendísima, los sentimientos de profundo obsequio.

Rvdo. Mark Miles
Encargado de Negocios a.i.

A Su Eminencia Reverendísima
El Sr. Card. Antonio González Z.
Arzobispo Emérito de Quito
En su sede

CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS SACERDOTES PARA EL JUEVES SANTO DE 2005

Queridos sacerdotes:

1. En el Año de la Eucaristía, me es particularmente grato el anual encuentro espiritual con vosotros con ocasión del Jueves Santo, día del amor de Cristo llevado «hasta el extremo» (Jn 13, 1), día de la Eucaristía, día de nuestro sacerdocio.

Os envío mi mensaje desde el hospital, donde estoy algún tiempo con tratamiento médico y ejercicios de rehabilitación, enfermo entre los enfermos, uniendo en la Eucaristía mi sufrimiento al de Cristo. Con este espíritu deseo reflexionar con vosotros sobre algunos aspectos de nuestra espiritualidad sacerdotal.

Lo haré dejándome guiar por las palabras de la institución de la Eucaristía, las que pronunciamos cada día *in persona Christi*, para hacer presente sobre nuestros altares el sacrificio realizado de una vez por todas en el Calvario. De ellas surgen indicaciones iluminadoras para la espiritualidad sacerdotal: puesto que toda la Iglesia vive de la Eucaristía, la existencia sacerdotal ha de tener, por un título especial, «forma eucarística». Por tanto, las palabras de la institución de la Eucaristía no deben ser para nosotros únicamente una fórmula consagratoria, sino también una «fórmula de vida».

Una existencia profundamente «agradecida»

2. *«Tibi gratias agens benedixit...»*. En cada Santa Misa recordamos y revivimos el primer sentimiento expresado por Jesús en el momento de partir el pan, el de *dar gracias*. El agradecimiento es la actitud que está en la base del nombre mismo de «Eucaristía».

En esta expresión de gratitud confluye toda la espiritualidad bíblica de la alabanza por los *mirabilia Dei*. Dios nos ama, se anticipa con su Providencia, nos acompaña con intervenciones continuas de salvación.

En la Eucaristía Jesús da gracias al Padre con nosotros y por nosotros. Esta acción de gracias de Jesús ¿cómo no ha de plasmar la vida del sacerdote? Él sabe que debe fomentar constantemente un *espíritu de gratitud* por tantos dones recibidos a lo largo de su existencia y, en particular, por el don de la fe, que ahora tiene el ministerio de anunciar, y por el del sacerdocio, que lo consagra completamente al servicio del Reino de Dios. Tenemos ciertamente nuestras cruces -y ¡no somos los únicos que las tienen!-, pero los dones recibidos son tan grandes que no podemos dejar de cantar desde lo más profundo del corazón nuestro *Magnificat*.

Una existencia «entregada»

3. «*Accipite et manducate*... Accipite et bibite...».
La autodonación de Cristo, que tiene sus orígenes en la vida trinitaria del Dios-Amor, alcanza su expresión más alta en el sacrificio de la Cruz, anticipado sacramentalmente en la Última Cena. No se pueden repetir las palabras de la consagración sin *sentirse implicados en este movimiento espiritual*. En cierto sentido, el sacerdote debe aprender a decir también de sí mismo, con verdad y generosidad, «tomad y comed». En efecto, su vida tiene sentido si sabe hacerse don, poniéndose a disposición de la comunidad y al servicio de todos los necesitados.

Precisamente esto es lo que Jesús esperaba de sus apóstoles, como lo subraya el evangelista Juan al narrar el lavatorio de los pies. Es también lo que el Pueblo de Dios espera del sacerdote. Pensándolo bien, la *obediencia* a la que se ha comprometido el día de la ordenación y la promesa que se le invita a renovar en la

Misa crismal, se ilumina por esta relación con la Eucaristía. Al obedecer por amor, renunciando tal vez a un legítimo margen de libertad, cuando se trata de su adhesión a las disposiciones de los Obispos, el sacerdote pone en práctica en su propia carne aquel «tomad y comed», con el que Cristo, en la última Cena, se entregó a sí mismo a la Iglesia.

Una existencia «salvada» para salvar

4. *«Hoc est enim corpus meum quod pro vobis tradetur».* El cuerpo y la sangre de Cristo se han entregado para la salvación del hombre, de *todo* el hombre y de *todos* los hombres. Es una salvación *integral* y al mismo tiempo *universal*, porque nadie, a menos que lo rechace libremente, es excluido del poder salvador de la sangre de Cristo: *«qui pro vobis et pro multis effundetur».* Se trata de un sacrificio ofrecido por «muchos», como dice el texto bíblico (*Mc* 14, 24; *Mt* 26, 28; cf. *Is* 53, 11-12), con una expresión típicamente semítica, que indica la multitud a la que llega la salvación lograda por el único Cristo y, al mismo tiempo, *la totalidad de los seres humanos* a los que ha sido ofrecida: es sangre *«derramada por vosotros y por todos»*, como explicitan acertadamente algunas traducciones. En efecto, la carne de Cristo se da «para la vida del mundo» (*Jn* 6, 51; cf. 1 *Jn* 2, 2).

Cuando repetimos en el recogimiento silencioso de la asamblea litúrgica las palabras venerables de Cristo, nosotros, sacerdotes, nos convertimos en anunciadores privilegiados de este misterio de salvación. Pero ¿cómo serlo eficazmente sin sentirnos salvados nosotros mismos? Somos los primeros a quienes llega en lo más íntimo la gracia que, superando nuestras fragilidades, nos hace clamar «Abba, Padre» con la confianza propia de los hijos (cf. *Ga* 4, 6; *Rm* 8, 15). Y esto nos compromete a progresar en el camino de perfección. En efecto, la *santidad* es la expresión plena de la *salvación*. Sólo viviendo como salvados podemos ser anun-

ciadores creíbles de la salvación. Por otro lado, tomar conciencia cada vez de la voluntad de Cristo de ofrecer *a todos* la salvación obliga a reavivar en nuestro ánimo el *ardor misionero*, estimulando a cada uno de nosotros a hacerse «todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos» (1 *Co* 9, 22).

Una existencia que «recuerda»

5. *«Hoc facite in meam commemorationem»*. Estas palabras de Jesús nos han llegado, tanto a través de Lucas (22, 19) como de Pablo (1 *Co* 11, 24). El contexto en el que fueron pronunciadas -hay que tenerlo bien presente- es el de la cena pascual, que para los judíos era un «memorial» *(zikkarôn,* en hebreo). En dicha ocasión los hebreos revivían ante todo el Éxodo, pero también los demás acontecimientos importantes de su historia: la vocación de Abraham, el sacrificio de Isaac, la alianza del Sinaí y tantas otras intervenciones de Dios en favor de su pueblo. También para los cristianos la Eucaristía es el «memorial», pero lo es de un modo único: no sólo es un recuerdo, sino que actualiza sacramentalmente la muerte y resurrección del Señor.

Quisiera subrayar también que Jesús ha dicho: «Haced esto en memoria *mía*». La Eucaristía no recuerda un simple hecho; ¡recuerda a Él! Para el sacerdote, repetir cada día, *in persona Christi*, las palabras del «memorial» es una invitación a desarrollar una «espiritualidad de la memoria». En un tiempo en que los rápidos cambios culturales y sociales oscurecen el sentido de la tradición y exponen, especialmente a las nuevas generaciones, al riesgo de perder la relación con las propias raíces, el sacerdote está llamado a ser, en la comunidad que se le ha confiado, el hombre del *recuerdo fiel* de Cristo y todo su misterio: su prefiguración en el Antiguo Testamento, su realización en el Nuevo y su progresiva profundización bajo la guía del Espíritu Santo, en virtud de aquella promesa explícita: «Él será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho» (*Jn* 14, 26).

Una existencia «consagrada»

6. *«Mysterium fidei!»*. Con esta exclamación el sacerdote manifiesta, después de la consagración del pan y el vino, el *estupor siempre nuevo* por el prodigio extraordinario que ha tenido lugar entre sus manos. Un prodigio que sólo los ojos de la fe pueden percibir. Los elementos naturales no pierden sus características externas, ya que las especies siguen siendo las del pan y del vino; pero su sustancia, por el poder de la palabra de Cristo y la acción del Espíritu Santo, se convierte en la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo. Por eso, sobre el altar está presente «verdadera, real, sustancialmente» Cristo muerto y resucitado en toda su humanidad y divinidad. Así pues, es una *realidad eminentemente sagrada*. Por este motivo la Iglesia trata este Misterio con suma reverencia, y vigila atentamente para que se observen las normas litúrgicas, establecidas para tutelar la santidad de un Sacramento tan grande.

Nosotros, sacerdotes, somos los *celebrantes*, pero también los custodios de este sacrosanto Misterio. De nuestra relación con la Eucaristía se desprende también, en su sentido más exigente, la condición «sagrada» de nuestra vida. Una condición que se ha de reflejar en todo nuestro modo de ser, pero ante todo en el modo mismo de celebrar. ¡Acudamos para ello a la escuela de los Santos! El Año de la Eucaristía nos invita a fijamos en los Santos que con mayor vigor han manifestado la devoción a la Eucaristía (cf. *Mane nobiscum Domine*, 31). En esto, muchos sacerdotes beatificados y canonizados han dado un testimonio ejemplar, suscitando fervor en los fieles que participaban en sus Misas. Muchos se han distinguido por la prolongada adoración eucarística. Estar ante Jesús Eucaristía, aprovechar, en cierto sentido, nuestras «soledades» para llenarlas de esta Presencia, significa dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida.

Una existencia orientada a Cristo

7. *«Mortem tuam annuntiamus, Domine et tuam resurrectionem confitemur, donec venias»*. Cada vez que celebramos la Eucaristía, la memoria de Cristo en su misterio pascual se convierte en deseo del encuentro pleno y definitivo con Él. Nosotros vivimos *en espera de su venida.* En la espiritualidad sacerdotal, esta tensión se ha de vivir *en la forma propia de la caridad pastoral* que nos compromete a vivir en medio del Pueblo de Dios para orientar su camino y alimentar su esperanza. Ésta es una tarea que exige del sacerdote una actitud interior similar a la que el apóstol Pablo vivió en sí mismo: *«Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta» (Flp* 3, 13 -14). El sacerdote es alguien que, no obstante el paso de los años, continua irradiando juventud y como «contagiándola» a las personas que encuentra en su camino. Su secreto reside en la «pasión» que tiene por Cristo. Como decía san Pablo: *«Para mí la vida es Cristo» (Flp* 1, 21).

Sobre todo en el contexto de la nueva evangelización, la gente tiene derecho a dirigirse a los sacerdotes con la esperanza de «ver» en ellos a Cristo (cf. *Jn* 12, 21). Tienen necesidad de ello particularmente los jóvenes, a los cuales Cristo sigue llamando para que sean sus amigos y para proponer a algunos la entrega total a la causa del Reino. No faltarán ciertamente vocaciones si se eleva el tono de nuestra vida sacerdotal, si fuéramos más santos, más alegres, más apasionados en el ejercicio de nuestro ministerio.

Un sacerdote «conquistado» por Cristo (cf. *Flp* 3, 12) «conquista» más fácilmente a otros para que se decidan a compartir la misma aventura.

Una existencia «eucarística» aprendida de María

8. Como he recordado en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (cf. nn. 53-58), la Santísima Virgen tiene una relación muy estrecha con la Eucaristía. Lo subrayan, aun en la sobriedad del lenguaje litúrgico, todas las Plegarias eucarísticas. Así, en el Canon romano se dice: *«Reunidos en comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor»*. En las otras Plegarias eucarísticas, la veneración se transforma en imploración, como, por ejemplo, en la Anáfora II: *«Con María, la Virgen Madre de Dios* [...], *merezcamos* [...] *compartir la vida eterna»*.

Al insistir en estos años, especialmente en la *Novo millennio ineunte* (cf. nn. 23 ss.) y en la *Rosarium Virginis Mariae* (cf. nn. 9 ss.), sobre la contemplación del rostro de Cristo, he indicado a María como la gran maestra. En la encíclica sobre la Eucaristía la he presentado también como «Mujer eucarística» (cf. n. 53). ¿Quién puede hacemos gustar la grandeza del misterio eucarístico mejor que María? Nadie cómo ella puede enseñamos con qué fervor se han de celebrar los santos Misterios y cómo hemos de estar en compañía de su Hijo escondido bajo las especies eucarísticas. Así pues, la imploro por todos vosotros, confiándole especialmente a los más ancianos, a los enfermos y a cuantos se encuentran en dificultad. En esta Pascua del Año de la Eucaristía me complace hacerme eco para todos vosotros de aquellas palabras dulces y confortantes de Jesús: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn* 19, 27).

Con estos sentimientos, os bendigo a todos de corazón, deseándoos una intensa alegría pascual.

Policlínico Gemelli, Roma, 13 de marzo, V domingo de Cuaresma, de 2005, vigésimo séptimo de Pontificado.

JUAN PABLO II

Mensaje del Santo Padre para la
XLI Jornada de Oración por las Vocaciones
17 Abril 2005 - IV Domingo de Pascua

TEMA:
"LLAMADOS A REMAR MAR ADENTRO"

Venerados Hermanos en el Episcopado, queridos Hermanos y Hermanas:

1. *"Duc in altum!"* Al comienzo de la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* cité las palabras con las que Jesús anima a los primeros discípulos a echar las redes para una pesca que sería milagrosa. Dice a Pedro: *"Duc in altum – Remad mar adentro" (Lc* 5, 4). «Pedro y los primeros compañeros' se fiaron de las palabras de Cristo, y echaron las redes» *(Novo millennio ineunte,* 1).

Esta conocida escena evangélica sirve de telón de fondo para la próxima Jornada de Oración para las Vocaciones, que lleva por lema: *«Llamados a remar mar adentro»*. Privilegiada oportunidad para reflexionar sobre la llamada a seguir a Jesús y, en particular, a seguirle en el camino del sacerdocio y de la vida consagrada.

2. *"Duc in altum!"* la llamada de Cristo resulta especialmente actual en nuestro tiempo, en el que una difusa manera de pensar propicia la falta de esfuerzo personal ante las dificultades. La primera condición para "remar mar adentro" requiere cultivar un profundo espíritu de oración, alimentado por la escucha diaria de la Palabra de Dios. La auténtica vida cristiana se mide por la hondura en la oración, arte que se aprende humildemente "de los mismos labios del divino Maestro", implorando casi, "como los primeros discípulos: ¡Señor, enséñanos a orar! *(Lc* 11, 1). En la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos: Permaneced en mí, como yo en vosotros *(Jn* 15,4)" *(Novo millennio ineunte,* 32).

La orante unión con Cristo nos ayuda a descubrir su presencia incluso en momentos de aparente desilusión, cuando la fatiga parece inútil, como les sucedía a los mismos apóstoles que después de haber faenado toda la noche exclamaron: "Maestro, no hemos pescado nada" (*Lc* 5, 5). Frecuentemente en momentos así es cuando hay que abrir el corazón a la onda de la gracia y dejar que la palabra del Redentor actúe con toda su fuerza: "*Duc in altum!*" (cfr. *Novo millennio ineunte, 38).*

3. Quien abra el corazón a Cristo no sólo comprende el misterio de la propia existencia, sino también el de la propia vocación, y recoge espléndidos frutos de gracia. Primero, creciendo en santidad por un camino espiritual que, comenzando con el don del Bautismo, prosigue hasta alcanzar la perfecta caridad (cfr *ibid*, 30). Viviendo el Evangelio "*sine glossa*", el cristiano se hace cada vez más capaz de amar como Cristo, a tenor de la exhortación: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (*Mt* 5, 48). Se esfuerza en perseverar en la unidad con los hermanos dentro de la comunión de la Iglesia, y se pone al servicio de la nueva evangelización para proclamar y ser testigo de la impresionante realidad del amor salvífico de Dios.

4. Particularmente a vosotros, queridos adolescentes y jóvenes, os repito la invitación de Cristo a "remar mar adentro". Os encontráis en un momento en que tenéis que tomar una decisión importante para vuestro futuro. Guardo en mi corazón el recuerdo de numerosos encuentros en años pasados con jóvenes, convertidos hoy en adultos, tal vez en padres de algunos de vosotros, en sacerdotes, religiosos, religiosas, vuestros educadores en la fe. Los vi alegres, como deben ser los jóvenes, pero también reflexivos, por el empeño en dar un 'sentido' pleno a su existencia. Cada vez estoy más convencido de que, en el ánimo de las nuevas generaciones es mayor la atracción hacia los valores del espíritu, mayor el ansia de santidad. Los jóvenes necesitan de Cristo, pero saben también que Cristo quiere contar con ellos.

Queridos muchachos y muchachas, confiad en Él, escuchad sus enseñanzas, mirad su rostro, perseverad en la escucha de su

Palabra. Dejad que sea Él quien oriente vuestras búsquedas y aspiraciones, vuestros ideales y los anhelos de vuestro corazón.

5. Me dirijo ahora a los queridos padres y educadores cristianos, a los amados sacerdotes, consagrados y catequistas. Dios os ha confiado el quehacer peculiar de guiar a la juventud por el camino de la santidad. Sed para ellos ejemplo de generosa fidelidad a Cristo. Animadles a no dudar en "remar mar adentro", respondiendo sin tardanza a la invitación del Señor. Él llama a unos a la vida familiar, a otros a la vida consagrada o al ministerio sacerdotal. Ayudadles para que sepan discernir cuál es su camino, y lleguen a ser verdaderos amigos de Cristo y sus auténticos discípulos. Cuando los adultos creyentes hacen visible el rostro de Cristo con la palabra y con el ejemplo, los jóvenes están dispuestos más fácilmente a acoger su exigente mensaje marcado por el misterio de la Cruz.

¡No olvidéis, además, que hoy también se necesitan sacerdotes santos, personas totalmente consagradas al servicio de Dios! Por eso querría repetir una vez más: "Es necesario y urgente enfocar una vasta y capilar pastoral de las vocaciones que llegue a las parroquias, los centros educativos, a las familias, suscitando una reflexión más atenta a los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la entrega total de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino" *(Novo millennio ineunte*, 46).

A los jóvenes les vuelvo a decir las palabras de Jesús: *"Duc in altum!"* Al repetir de nuevo esta exhortación, pienso también en las palabras dirigidas por María, su Madre, a los servidores en Caná de Galilea: "Haced lo que Él os diga" (*Jn* 2, 5). Cristo, queridos jóvenes, os pide «remar mar adentro» y la Virgen os anima a no dudar en seguirle.

6. Suba desde cada rincón de la tierra, reforzada con la materna intercesión de la Virgen, la ardiente plegaria al Padre celestial para conseguir *"obreros para su mies"* (*Mt* 9, 38). Quiera Él conceder fervorosos y santos sacerdotes a cada porción de su grey.



Documentos de la Conf. Episcopal

Carta del Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, a los sacerdotes y fieles católicos del Ecuador

sobre la Píldora del Día Siguiente (PDS)

Queridas hermanas y hermanos:

Los Obispos del Ecuador queremos decir nuestra palabra en torno a este tema que en las últimas semanas ha preocupado a varios sectores de nuestra sociedad. Hablamos desde nuestra misión de pastores de la Iglesia y escribimos la presente carta con gran afecto hacia cada una y cada uno de ustedes. Deseamos que nuestras palabras iluminen y disipen dudas.

Exponemos principios de carácter ético y moral, que reflejan la doctrina permanente de la Iglesia frente a aspectos relacionados con la transmisión de la vida y con la vida misma. En último término, el objetivo de este mensaje es defender la vida humana, que es sagrada desde el momento mismo de su concepción hasta su término natural. La Iglesia Católica, apoyada en serios estudios médicos y científicos, sostiene que la vida humana comienza desde el momento en que el óvulo es fecundado: es allí cuando empieza la vida de un nuevo ser humano. El respeto a la vida no admite discriminación alguna, pues no hay vidas que sí son respetables y otras que no merecen respeto alguno.

Defender la vida se ha vuelto tarea difícil en nuestros días, cuando por diferentes caminos emerge una "cultura de la muerte", promovida y mantenida por algunas voces, tras de las cuales es posible que hablen no pocos intereses, particularmente económicos. Esto resulta paradójico en una sociedad que frecuentemente se autoproclama respetuosa de los derechos humanos y que, sin embargo, no ve contradicción alguna en atacar la vida precisamente de los más débiles e indefensos, las niñas y los niños no nacidos.

Los embarazos no deseados y no deseables -generalmente fruto de relaciones sexuales irresponsables, particularmente entre los más jóvenes constituyen ciertamente un grave problema. Pero un problema no se resuelve creando otros problemas ni, menos aún, recurriendo irresponsablemente a la solución criminal del aborto. No faltan quienes, envueltos en aires de falsa modernidad, llegan a proclamar el aborto como un derecho de la mujer a tomar decisiones sobre su propio cuerpo. Nada más falso, puesto que el ejercicio de la propia libertad tiene un límite infranqueable: el derecho a la vida de los demás. El nuevo ser concebido ya no es "su cuerpo": es una vida nueva, distinta a la de la mujer que la concibió; y nadie puede disponer de esa nueva vida.

La investigación médico científica debe probar que la "píldora del día después" no impide la anidación, en el útero materno, del óvulo fecundado, es decir, probar que no elimina una vida humana. A esta evidencia no han llegado los estudios científicos; y puede ser que no lleguen nunca. La falta de investigaciones completas y definitivas que permitan comprobar con certeza un efecto abortivo de la PDS no es sorprendente. Los datos médicos y biológicos existentes proceden en su mayoría de investigadores con fuerte sesgo favorable a la contraconcepción en todas sus formas. Sin embargo, los laboratorios que comercializan la PDS ya informan que uno de sus efectos puede ser el de impedir la anidación del óvulo fecundado en el útero materno, produciéndose así la eliminación de una vida humana. Aunque son necesarios todavía más estudios para profundizar el tema, existe evidencia científica suficiente para afirmar -a partir de los datos hoy disponibles- que la PDS tiene efectos abortivos. Siendo así, estaríamos frente a una realidad a la que hay que llamarla por su nombre, más allá de sutilezas seudocientíficas y de manipulación de las palabras: simplemente se llama aborto. Quienes hablan de "evitar un embarazo no deseado" deberían decir claramente que en realidad se trata de interrumpir un embarazo ya iniciado.

También se trata de "justificar" el uso de la PDS en casos extremos de violación e incesto. La doblez del argumento se advierte por el carácter excepcional de esos supuestos, que no exigen la difusión masiva y económicamente rentable que se propone. Esos dolorosos casos reclaman, por lo demás, un tratamiento mucho más humano y complejo.

No se trata de una cuestión primariamente religiosa. Es una cuestión que, perteneciendo también al orden religioso y moral, pertenece al orden básico y natural de la justicia.

Las reglamentaciones del Ministerio de Salud expedidas hace algunos años y los más recientes registros sanitarios otorgados a las píldoras portadoras del principio activo en cuestión *(Levonorgestrel)* han de ser sometidas a diligente revisión, en virtud del mandato constitucional que compromete al Estado y todos sus órganos en la defensa de la vida humana desde la concepción. La Constitución de la República, como norma suprema, no puede ser desvirtuada por reglamentaciones de rango administrativo.

La sociedad ecuatoriana se empeñó en la aprobación del Código de la Niñez y de la Adolescencia, en el cual se proclama textualmente que *«los niños, niñas* y adolescen*tes tienen derecho* a la *vida* desde *su concepción* (...). Se *prohíben los experimentos* y *manipulaciones médicas* y *genéticas* desde la *fecundación del óvulo hasta* el *nacimiento»* (Art. 20). Estas proclamas, ¿se quedaron solamente en el papel, como tantas otras leyes de nuestro país?

Si queremos evitar las consecuencias negativas de una sexualidad irresponsable que se guía exclusivamente por el placer y el egoísmo, hay que ir por otro camino: el de una verdadera e integral educación sexual, que no se reduce a enseñar el uso del condón, de la PDS y otros artificios engañosos, que ya han demostrado su incapacidad para disminuir los embarazos no deseados

o detener el alarmante crecimiento del VIH. Esta educación es tarea de todos, fundamentalmente de la familia y de los establecimientos educativos, a fin de que superemos la actual "inmunodeficiencia" de valores morales. También pueden y deben aportar mucho los medios de comunicación social, cuyos programas y publicaciones sobre estos temas, en un momento dado, podrían favorecer la permisividad y una falsa tolerancia, o crear mayor confusión y desorientación.

La Iglesia Católica está dispuesta a unir sus esfuerzos a los de todas las personas e instituciones que están a favor de la vida y colaborar en una verdadera educación sexual de niños, jóvenes y adultos. Hace un especial llamamiento a los jóvenes -mujeres y varones- para que no se dejen atrapar por la corrupción y la mentira; y los invita a no tener miedo de vivir la castidad, de practicar una conducta sexual responsable y de alinearse decididamente en favor de la vida.

Quito, a 3 de enero de 2005

Monseñor Vicente Cisneros Durán
ARZOBISPO DE CUENCA, PRESIDENTE

Monseñor José Vicente Eguiguren
SECRETARIO GENERAL

UN TRATADO DE LIBRE COMERCIO DEBE SER UN CAMINO HACIA LA EQUIDAD

Algunos elementos para la reflexión

Introducción

Nuestra visión pastoral, que se inspira en el Evangelio y la Enseñanza Social de la Iglesia, sostiene que la persona humana debe estar en el centro de toda actividad económica. En un mundo cada vez más interdependiente, es imperativo humanizar la globalización económica globalizando la solidaridad entre las personas y los pueblos. De lo contrario, como señala el Papa Juan Pablo II: "Si no hay esperanza para los pobres, no hay esperanza para nadie, ni para los llamados pobres"[1]. En efecto, "si la globalización se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los poderosos, lleva a consecuencias negativas"[2].

Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía del año 2001, define la globalización económica como "la integración más estrecha de los países y los pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de los costos de transporte y comunicación y el desmantelamiento de las barreras artificiales a los flujos de bienes, servicios, capitales, conocimientos y, en menor grado, personas a través de las fronteras"[3].

Elementos recientes de esta globalización económica son los Tratados de Libre Comercio, que se vienen impulsando por todo el mundo, para liberalizar más allá de los límites, que establece-

1 "Pastores Gregis", 67.
2 "Ecclesia in América", 20.
3 "El Malestar de la globalización", Ed. Taurus 2000, pág. 37.

rá la Organización Mundial de Comercio en pro de un cierto equilibrio en la negociación entre grandes y pequeños.

El Tratado de "Libre" Comercio, que Ecuador, conjuntamente con otros países de la Región, está negociando con Estados Unidos, toca la vida personal y social e influirá en la vida del país por muchos años. Sin embargo, los ecuatorianos, distraídos por tensiones internas, no le hemos dado la debida atención.

Los Obispos de Ecuador invitamos a una reflexión más seria acerca de este tratado y a prever sus consecuencias

Porque el T.L.C. debe ser considerado y resuelto dentro del conjunto de la vida nacional e internacional, analizando muy especialmente su impacto en las personas más pobres y excluidas; porque en la negociación y eventual aprobación y posterior ratificación, hay que tener en cuenta la interdependencia del T.L.C. con las otras realidades sociales; porque se debe analizar muy bien sus consecuencias positivas y negativas; porque el T.L.C. es una nueva ocasión para que todos nos demos cuenta de que es indispensable clarificar a dónde vamos, como país y como región de América Latina y El Caribe y, dentro de ella, la Subregión Andina.

Invitamos a hombres y mujeres de buena voluntad, guiados por la fe de que el Hijo de Dios asumió en el seno de María nuestra humanidad con sus angustias y esperanzas. Por esa misma fe, el Papa afirma: "Nada hay verdaderamente humano, que no encuentre eco en el corazón de la Iglesia"[4]; puesto que "el hombre es el camino de la Iglesia, que ésta debe recorrer en el cumplimiento de su misión"[5].

---

4 "Gaudium et Spes", 1.
5 "Redemptor Hominis ", 14.

La realidad, tal como la ven los expertos

Exponemos la realidad como la vemos, ayudados por los expertos y por la experiencia de los pueblos.

El desarrollo de la ciencia y de la técnica ayuda al hombre a cumplir el mandato divino de poner a su servicio los bienes de la creación. Nunca antes como hoy existe tanta abundancia de bienes.

- El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo señala que durante el siglo XX ha habido una elevación de calidad de vida en aspectos elementales: "Un niño que nace hoy en un país en desarrollo puede esperar vivir 16 años más que un niño nacido hace 35 años". En cuanto a desarrollo humano, los países en desarrollo han avanzado tanto en los últimos 30 años, como el mundo industrializado pudo avanzar en más de un siglo. Su tasa de mortalidad infantil se ha reducido en más de la mitad desde 1999. Se ha logrado salvar la vida de más de tres millones de niños por año, gracias a la ampliación de la inmunización básica en los últimos dos decenios. La tasa de malnutrición infantil se ha reducido en más de una cuarta parte. La matriculación en la escuela primaria y secundaria se ha doblado y el porcentaje de familias rurales ha aumentado del 10% al 60%[6].

- La abundancia de bienes y esta elevación de calidad de vida no anulan la desigual distribución: la desigualdad ha crecido tanto que la mayor parte de la humanidad vive en la pobreza, o sobrevive en la miseria.

- En nuestro Continente -y dentro de él, en Ecuador-, la "pobreza de ingreso" se ha duplicado en los últimos 30 años. En 1960

---

6 "Informes PNUD1997 y 1998".

había **110** millones de pobres en el Continente; en 1990 el número de pobres llegaba a 200 millones; en el año 2002 llegó a 221 millones 400 mil; en el 2003 a 226.6 millones. En 1990 la proporción de pobres era del 48%. En el 2000 bajó al 42%. En el año 2002 volvió a subir al 44%[7].

- El estudio del Banco Mundial llamado "Desigualdad en América Latina y El Caribe, ¿ruptura con la historia?" nos pone en evidencia que el 10% más rico de la población recibe el 47% del ingreso total de la Región; mientras que el 20% más pobre sólo recibe el 2% del total[8].

Es necesaria una voluntad política orientada a la equidad

- Al mismo tiempo que aumenta la producción de bienes y servicios, crece la desigualdad interna y crece también la distancia respecto de los países ricos: el aumento de la emigración y la violencia lo prueban[9].

- Se podría lograr y mantener el acceso universal a la enseñanza básica de salud para todos, alimentación suficiente y agua limpia y saneamiento: costaría menos del 4% de la riqueza combinada de las 225 personas más ricas del mundo; es decir, 44.000 millones de dólares.

Cuáles son los caminos alternativos hacia la equidad que permitan producir más y distribuir mejor

Uno es el camino de la integración: La Central Latinoamericana de Trabajadores propone un "Modelo Alternativo de Desarrollo, en

7 "CEPAL, "Panorama Social de América Latina y el Caribe-2202-2003, Santiago de Chile 2004".
8 Diario *"Hoy"*, 20 mayo 2004".
9 "Revista de Diciembre n° 75 CEPAL".

el marco de la Comunidad Latinoamericana de Naciones". Hubiera habido que afrontar las dificultades para integrar los mercados regionales ya existentes: el centroamericano, el andino, el de los países del Sur.

Otro es el camino del Tratado del Libre Comercio: El atractivo que la actual potencia económica mundial nos ha puesto; Tratado de Libre Comercio que lleva a competir con un gigante.

La liberalización del comercio no es una medida improvisada ni aislada; se entiende mejor su alcance dentro de las diez medidas que un grupo de expertos economistas y políticos de la corriente neoliberal de la economía preparó para el Fondo Monetario Internacional y para el Banco Mundial, a inicios de los años 80.

Estas diez medidas, conocidas con el nombre de "El Consenso de Washington", son las siguientes: 1ª disciplina fiscal; 2ª reorientación del gasto público; 3ª reforma impositiva; 4ª liberalización financiera; 5ª tipos de cambio unificados y competitivos; 6ª *liberalización del comercio;* 7ª apertura a la inversión extranjera; 8ª privatizaciones; 9ª desregulación de la economía; 10ª seguridad de los derechos de propiedad.

Notemos que no se está discutiendo un tratado de libre comercio, sino un tratado de regulación de la apertura de los mercados a productos de países que comercian entre sí.

Estados Unidos impone cuotas; tiene tratados de preferencias arancelarias, condicionadas a la erradicación de la materia prima para la droga; impone aranceles al camarón ecuatoriano, etc. Al mismo tiempo, exige la supresión de controles para el libre flujo del capital financiero y leyes restrictivas para las personas inmigrantes.

El libre mercado no es un proceso que se realiza solamente con

su dinamismo interno, como un hecho natural; es una construcción humana susceptible de mejorar o empeorar. Y, de acuerdo con la fe cristiana, un contrato de libre comercio tiene efectos positivos, si se guía a la equidad; o negativos, si fomenta la inequidad

Debe haber una equidad intergeneracional

La presente generación no puede consumir en su tiempo todos los recursos no renovables, ni echar a perder la posibilidad de renovarlos. Otra es la equidad entre los miembros de una misma generación: niños, jóvenes y ancianos, ciudadanos del campo y de la ciudad, varones y mujeres, ricos y pobres.

Discernir sobre los efectos positivos y negativos previsibles de los TLC

El Papa Juan Pablo II nos da una medida para evaluar los Tratados de Libre Comercio: "En sí, un mercado mundial, organizado en forma equilibrada, con buena regulación, puede llevar, con el bienestar, también el desarrollo de la cultura, de la democracia, de la solidaridad y de la paz; pero se pueden esperar bien diversos efectos de un mercado salvaje que, bajo pretexto de competitividad, no prospera sino explotando al máximo al hombre y al medio ambiente (...) Entonces, cómo no tener una explosión de comportamientos desviados y violentos, engendrando fuertes tensiones en el cuerpo social"[10].

¿Efectos positivos? - Se afirma que el "libre" comercio abre a los pueblos las puertas del bienestar. - Se presenta el tratado de libre comercio no sólo como un medio, sino como el medio para disminuir la pobreza. - Se señalan como los grandes objetivos: el

10 "Centesimus Annus", n° 58.

crecimiento de las exportaciones, las posibles nuevas inversiones extranjeras y el aumento del Producto Interno Bruto. - Se afirma que el crecimiento de las exportaciones que se observa en los países que han firmado tratados de libre comercio, como México o Chile, está íntimamente ligado al desarrollo.

No todos estos efectos positivos están del todo demostrados. El incremento de exportaciones no lleva automáticamente al crecimiento de la producción en la misma magnitud[11].

Efecto negativo es el que generalmente lleva a que el pequeño insuficientemente preparado tenga que competir con un grande muy bien preparado.

La experiencia de países, hoy industrializados y ricos, enseña que hay que adelantar previamente nuestra preparación y la transferencia de tecnología.

Cómo superar los efectos negativos previsibles

- Aprovechando esta coyuntura para ponernos de acuerdo en el ideal de hombre y de mujer que hemos de formar en el hogar, en escuelas, colegios y universidades. Es urgente renovar el sistema educativo, que nos ayude a capacitarnos como personas amantes de nuestra identidad, creativas, responsables, para producir más y distribuir mejor.

- Negociando unidos los países que tenemos elementos comunes o similares, como, en cierta medida, lo estamos haciendo,

11 Atilio Borón, Director de la CLACSO, en la conferencia que dio como invitado por el Instituto "Pensar", de la Universidad Javeriana, afirmó que el incremento de las exportaciones no está ligado necesariamente al crecimiento económico. Por ejemplo, antes del TLC entre Canadá, Estados Unidos y México, México exportaba 30 mil millones de dólares y crecía al 5.6%; ahora, cuando exporta 150 mil millones, crece al 1 %".

pero sin dejarnos dividir por intereses de grandes grupos de poder; puesto que ello llevaría a sacrificar a más del 50% de los ecuatorianos.

Lineamientos para la acción

Frente a la realidad en que estamos, tenemos que ampliar y ahondar la unión de nuestros países latinoamericanos

En asuntos tan importantes como un TLC no hay que perder de vista la finalidad, que es llegar a un modelo de desarrollo humano sostenible.

Todos estamos involucrados y debemos actuar en consecuencia

El Tratado de Libre Comercio nos involucra a todos, especialmente a los que ejercen los poderes del Estado, garante del bien común. A los Honorables Diputados les corresponde ratificar los acuerdos que se firmen. Es urgente que ellos, dada la importancia que tiene el TLC para el presente y futuro del Ecuador, se empeñen desde ya en estudiar a fondo tema tan importante y en hacerlo conocer en sus diversos aspectos, con serena objetividad, a los ciudadanos. También hubiera sido necesario que ejerzan una fiscalización del proceso de negociaciones que se viene realizando

Finalmente, hacemos nuestras las observaciones de Obispos de los Países Andinos, encargados de proyectar la Enseñanza Social de la Iglesia en la situación de nuestros pueblos, en el proceso de negociación de un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos.

Agro. Las provisiones que se vienen negociando podrían dejar

muy vulnerables a los pequeños productores. Tomando en cuenta los enormes subsidios recibidos por los agronegocios en los EE. UU., los plazos y otras medidas propuestas para reemplazar el sistema actual de bandas de precios, éstos pueden resultar insuficientes. Cada uno de nuestros países tiene que adoptar políticas que permitan a los agricultores y trabajadores rurales producir alimentos para sus pueblos, mantener un ingreso estable y garantizar un auténtico desarrollo rural.

Propiedad intelectual. Los EE. UU. están proponiendo el patentamiento de semillas y seres vivos, además de la ampliación del período actual de monopolio que las empresas farmacéuticas tienen para la venta de medicamentos. Estas medidas pueden poner en peligro el acceso de los productores agrícolas a recursos que son necesarios, como también afectar el acceso a las medicinas de los pobres y más vulnerables.

Laboral. Los TLC deberían ofrecer una oportunidad para fortalecer la protección de los trabajadores. También hay que tomar en cuenta la posible pérdida del empleo rural y la migración resultante a las ciudades o fuera de la región, debido a la falta de salvaguardas para proteger a los agricultores pequeños y medianos.

Ambiental. El aumento en el intercambio comercial podrá significar una mayor cantidad de desechos de todo tipo. Sin protecciones adecuadas vinculantes para el medio ambiente, los TLC no van a estar a la altura de contribuir al uso racional de los recursos.

Participación ciudadana. Los TLC ofrecen una oportunidad para expresar y fortalecer una efectiva participación ciudadana, que podría garantizar una mayor seguridad para todos. Deberían ampliarse los plazos de las negociaciones, para permitir un proceso participativo e inclusive de diálogo en cada país. Los secto-

res afectados podrían tener la oportunidad de presentar sus propuestas y que éstas se vean reflejadas en los acuerdos.

Una agenda integral. Un tratado de comercio debería formar parte de una agenda de desarrollo humano integral, que se sustente en los recursos humanos y económicos.

Nuestra aspiración y nuestro llamado son para que el Tratado de Libre Comercio sea un camino hacia la equidad.

Que María Santísima nos ayude a vivir y a expresar nuestra fe en Jesús, que nos hace hermanos, participándonos su vida.

Quito, 24 de febrero de 2005

+ Vicente Cisneros Durán
Arzobispo de Cuenca
Presidente de la
Conferencia Episcopal

+ José Mario Ruiz Navas
Arzobispo de Portoviejo
Presidente de la Comisión de Magisterio

Mons. José Vicente Eguiguren
Secretario General de la
Conferencia Episcopal

INTERESES GENERALES

Febrero 22 del 2005
No.1128 / 2005

Rvdo. Padre
Federico Sanfeliu
Provincial de la Compañía de Jesús en Ecuador
Presente.-

Estimado Padre Provincial:

Desde los albores de nuestra nacionalidad, los jesuitas han prestado excepcionales servicios al pueblo y a la Iglesia, al Evangelio y a la Cultura, baste recordar a los misioneros en nuestro Oriente. Fueron sacerdotes jesuitas los que anunciaron el Evangelio y resguardaron íntegras las fronteras patrias. El odio sectario que los expulsó de esas tierras infirió, en dos ocasiones la mayor herida a la soberanía territorial. Dios no permita que jamás se retorne a similares incomprensiones.

Millares de ecuatorianos se formaron en las aulas de los colegios y universidades de la Compañía de Jesús. En uno de ellos, el Colegio San Gabriel, la Santísima Virgen María, en la imagen de la Dolorosa, dio una milagrosa prueba de amor a la juventud, el día 20 de abril de 1906. En pocos días más se iniciará el Año Jubilar del Milagro. Encomendamos a ella nuestra afligida Patria.

Una mujer quiteña, inspirada en el Evangelio y en las enseñanzas ignacianas, la Señora María Augusta Urrutia de Escudero, encomendó a la Compañía de Jesús, administrar para obras sociales, una parte de su fortuna. Ese es el origen de la Fundación Mariana de Jesús, qué desde hace 65 años procura mejorar las condiciones de vida de millares de pobres y de ciu-

dadanos de la clase media, tan castigada por las irresponsabilidades y egoísmos de una sociedad injustamente constituida. Cabe recordar que la Señora Urrutia de Escudero, libremente, entregó sus bienes no al Estado, sino a la Compañía de Jesús y señaló con claridad la finalidad de su donación. La Compañía de Jesús ha cumplido con responsabilidad y honorabilidad la voluntad de la donante. Han transcurrido largos años de su muerte y su memoria permanece en sus obras.

Con honda preocupación hemos seguido los acontecimientos de estos días, referentes a la intervención y liquidación de la Fundación Mariana de Jesús por parte del Ministerio de Bienestar Social. Con alegría conocemos un último decreto de ese Ministerio por el cual se deja sin efecto la resolución anterior, carente de todo sustento legal y moral. Esperamos que con esta resolución concluya la indebida intromisión en una institución de derecho privado, de carácter social. Así lo exigen, la justicia y la paz pública, hoy más necesaria que nunca.

En nombre de los Obispos de Ecuador, presentamos a usted y a la Compañía de Jesús en Ecuador, nuestros renovados sentimientos de aprecio y la gratitud.

Afectísimos en Cristo,

+Vicente Cisneros Durán
Arzobispo de Cuenca
Presidente de la Conferencia
Episcopal Ecuatoriana

Mons. José Vicente Eguiguren S.
Secretario General de la
Conferencia Episcopal Ecuatoriana



Documentos Arquidiocesanos

INVITACIÓN

A los sacerdotes y a todos los fieles católicos de la Arquidiócesis de Quito

Hace 20 años, a fines de enero y principios de febrero de 1985, los ecuatorianos recibimos la histórica visita de Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Esos días inolvidables fueron un verdadero nuevo Pentecostés que confirmó en la fe a nuestro pueblo y fue, además, un don del cielo escuchar sus mensajes pronunciados de viva voz en los encuentros tenidos con los diferentes estamentos del Pueblo de Dios. Por este singular regalo de Dios al Ecuador queremos presentarle nuestra acción de gracias.

El día miércoles 2 de febrero, a las 16hOO, en la Catedral Primada de Quito, celebraremos una solemne EUCARISTIA con ocasión de la Jornada Mundial de Oración por la Vida Consagrada, a la cual asistirán los Institutos Religiosos masculinos y femeninos, las Sociedades de vida Apostólica y los Institutos Seculares.

Me ha parecido oportuno invitar a esta Eucaristía a los Obispos residentes en esta Arquidiócesis de Quito, a los sacerdotes del clero diocesano, a los movimientos juveniles y a todo el pueblo de Dios para agradecer juntos a la Divina Providencia por el privilegio de la presencia del Santo Padre Juan Pablo II en tierras ecuatorianas hace 20 años.

Presidirá esta Eucaristía el Excmo. Mons. Alain Paul Lebeaupin, hasta ahora Representante del Papa Juan Pablo II en el Ecuador, quien concluye su servicio de seis años a nuestra Patria y a quien queremos despedir con cariño y gratitud durante la celebración del miércoles 2 de febrero.

Por la favorable acogida que se sirvan dispensar a la presente invitación, les anticipo mi sincero agradecimiento.

Raúl E. Vela Chiriboga
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador

Homilía del Excelentísimo nuncio apostólico,
Mons. Alain Paul Lebeaupin,
con ocasión de la celebración de los

XX AÑOS DE LA VISITA DEL SANTO PADRE A ECUADOR

Quito, el 2 de febrero de 2005

Excelentísimo Hermano en el Episcopado;
Estimados Hermanos en el Sacerdocio;
Estimadas Hermanas y estimados Hermanos consagrados a Cristo;
Queridos Hermanas y Hermanos todos:

Deseo ante todo agradecer a Su Excelencia Monseñor Raúl Vela por haberme invitado en este día de la presentación del Señor a participar a estas celebraciones conmemorativas de los veinte años de la histórica visita del Santo Padre al Ecuador y en particular a Quito, en el año 1985. Ha sido una excelente iniciativa porque permite a toda la Iglesia que peregrina en Quito hacer punto confrontándose a las invitaciones que el Santo Padre hiciese al Pueblo ecuatoriano en tal ocasión.

Para mí es igualmente un momento muy emocionante el estar aquí con ustedes porque es el último acto que cumplo en la que-

rida ciudad de Quito en mi calidad de Representante del Santo Padre. Expreso meramente que no me faltan ni la tristeza del corazón ni la emoción al pensar que dentro de pocos días partiré al destino al cual me envía el Santo Padre para continuar mi misión como su Representante en un país de África. Seguiré en cierto modo con una particular relación con ustedes ya que el Ecuador ha sido mi primera destinación como Nuncio Apostólico y también porque la geografía establece que la línea ecuatorial que parte del querido Ecuador pase por Kenia, el País que me espera.

De lo más profundo de mi corazón quiero agradecer a Quito y a diversas Diócesis del Ecuador por la satisfacción que me causaron mis diversas visitas a ellas. Es una realidad que con alegría pude constatar cómo ha crecido la Iglesia durante los seis años de mi presencia en el Ecuador. No es -por cierto- el resultado de mi presencia, sino más bien de la voluntad de todas y todos ustedes de crecer en la fe y ser siempre más generosos para con los más necesitados dando así muestra que ser discípulos de Cristo, no es algo carente de significado para todo el Ecuador y en particular para su capital Quito. ¡Muchas gracias a todas y todos ustedes! Es llevando el más cordial recuerdo del corazón que me alejo para servir al Santo Padre en la tierra de África llena también de la esperanza de la Iglesia.

Mi alegría brota también del hecho que la Divina Providencia me permitió compartir con ustedes estos días de celebración de los veinte años de la visita del Santo Padre al Ecuador cuando lanzó una llamada fuerte a la solidaridad fundamentada en el amor a Dios y al prójimo, y beatificó a una mujer heroica que se dedicó a la evangelización de la tierra ecuatoriana y fundadora de la Hermanas Marianitas. Quiero recordar en este día 2 de febrero las palabras del Santo Padre en tal ocasión cuando decía: "Mercedes buscó la sabiduría desde su juventud. Los primeros dolores que trocaron su adolescencia en un encuentro profundo

con Dios fueron un primer rayo de sabiduría divina. Puso en la balanza los placeres que ofrecía el mundo y la entrega que exigía el Evangelio. Y eligió con decisión a Cristo crucificado como Esposo de su alma, Sabiduría de Dios".

Como Representante del Papa en este día de la celebración de los veinte años pasados desde Su visita, cómo no podría yo repetir estas provocadoras e insinuantes palabras del Santo Padre: "Que nadie se sienta tranquilo mientras haya en el Ecuador un niño sin escuela, una familia sin vivienda, un obrero sin trabajo, un enfermo o anciano sin adecuada atención". Estoy seguro que sus corazones se sienten inquietos para hacer que el futuro sea diverso imitando a Cristo mismo que por ello se sacrificó.

Queridos Hermanas y Hermanos: a veinte años de distancia estas palabras continúan interrogando a todo el Ecuador y deben suscitar en nosotros deseos concretos de conversión para que nuestra vida sea expresión viva del mandamiento de Cristo: Amar a Dios y amar al prójimo.

En este 2 de febrero celebramos la presentación de Jesús al Templo. "Cuando llegó el tiempo de la purificación llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor". Aquel recién nacido, externamente en todo semejante a los demás, no pasa inadvertido: el Espíritu Santo abre los ojos de la fe al anciano Simeón, que se acerca y, tomando al Niño en sus brazos, reconoce en él al Mesías y bendiga a Dios. Este Niño -profetiza- será la luz de las naciones y gloria de Israel, pero también "signo de contradicción" porque, según las Escrituras, realizará el juicio de Dios. Y a la Madre, asombrada, el piadoso anciano le predice que eso sucederá a través del sufrimiento, en el que participará también ella.

Cuarenta días después de la Navidad, la Iglesia celebra este sugestivo misterio gozoso, que de algún modo anticipa el dolor

del Viernes Santo y la alegría de la Pascua. La tradición oriental llama a esta fiesta la "fiesta del encuentro", porque, en el espacio sagrado del templo de Jerusalén, tiene lugar al abrazo entre la condescendencia de Dios y la espera del pueblo elegido.

Todo ello cobra significado y valor escatológico en Cristo: él es el Esposo que viene a realizar la alianza nupcial con Israel. Muchos son los llamados, pero ¿cuántos están efectivamente dispuestos a acogerlo, con la mente y el corazón vigilantes? En la liturgia de hoy contemplamos a María, modelo de los que esperan y abren, dóciles, el corazón al encuentro con el Señor.

Desde esta perspectiva, la fiesta de la Presentación de Jesús en el templo resulta particularmente adecuada para que las personas consagradas eleven a Dios su acción de gracias, y con mucha razón, se celebra en esta fecha la Jornada de la vida consagrada. El icono de María, que en el templo ofrece a Dios a su Hijo, habla con elocuencia al corazón de los hombres y mujeres que se han ofrecido totalmente al Señor mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia por el reino de los cielos.

El tema de la ofrenda espiritual se funde con el de la luz, introducido por las palabras de Simeón. Así, la Virgen se presenta como candelabro que lleva a Cristo, luz del mundo. Juntamente con María, miles de religiosos, religiosas y laicos consagrados, se reúnen hoy en todo el mundo y renuevan su consagración, teniendo en las manos los cirios encendidos, expresión de su existencia ardiente de fe y amor.

También aquí, en la Catedral Primada del Ecuador, se eleva esta tarde una solemne acción de gracias a Dios por el don de la vida consagrada en Quito, en el Ecuador. En nombre del Santo Padre en este último acto de mi estadía en el Ecuador saludo a todas y todos ustedes, hermanas religiosas, hermanos religiosos y laicos consagrados. Con su presencia numerosa, devota y alegre da a

esta asamblea litúrgica el rostro de la Iglesia-esposa, completamente dispuesta, como María, a cumplir sin reservas la palabra divina.

Queridas Hermanas y queridos hermanos, miran a sus fundadores y fundadoras de sus institutos y así recuerdan al misterio de la comunión de los santos, en virtud del cual, en la Iglesia peregrinante se renueva de generación en generación la opción de seguir a Cristo con una especial consagración, según los múltiples carismas suscitados por el Espíritu. Al mismo tiempo, sus fundadores invitan a dirigir la mirada a la patria celestial, donde, en la asamblea de los santos, muchas almas consagradas alaban en plena bienaventuranza al Dios uno y trino, al que en la tierra amaron y sirvieron con corazón libre e indiviso.

Pobreza, castidad y obediencia son caracteres distintivos del hombre redimido, liberado en su interior de la esclavitud del egoísmo. Libres para amar, libres para servir: así son los hombres y las mujeres que renuncian a sí mismos por el reino de los cielos. Siguiendo las huellas de Cristo, crucificado y resucitado, viven estas libertas como_solidaridad. Llevando sobre sus hombros las cargas espirituales y materiales de sus hermanos.

Es el multiforme servicio de la caridad que se realiza en la clausura y en los hospitales, en las parroquias y en las escuelas, entre los pobres y los emigrantes, y en los nuevos lugares de la misión evangelizadora. De mil maneras la vida consagrada es epifanía del amor de Dios en el mundo.

Con el alma llena de gratitud, bendigamos hoy a Dios por cada uno de ellos, que el Señor, por intercesión de la Virgen María, enriquezca cada vez más a su Iglesia con este gran don, para alabanza *y* gloria de su nombre, *y* para la difusión de su reino.

¡Así sea!

Circular a los señores decanos, párrocos, rectores de iglesia y catequistas de la Arquidiócesis de Quito

Muy amados hermanos en el Señor:

El Día de la Catequesis se celebrará en el presente año el sábado 12 de Febrero, fiesta del Santo Hermano Miguel, su celestial patrono.

La Comisión Arquidiocesana propone para esta celebración las siguientes actividades:

- La Convivencia Arquidiocesana de Catequistas, que se llevará a cabo el día 12 de Febrero, de 8h30 a 13hOO, y cuyo lema es "Cristo Eucaristía, vivo en medio de nosotros, y anunciado por los Catequistas", acogiendo así la invitación que S. S. Juan Pablo II hace a la Iglesia Universal de celebrar el Año de la Eucaristía.

  La dinámica de la convivencia tendrá tres momentos:
  1. Concentración por zonas en la Basílica, San Agustín, San Diego y Santo Domingo.
  2. Peregrinación a la plaza de San Francisco
  3. Encuentro de todos los Catequistas y celebración Eucarística en la Plaza de San Francisco.

  La convivencia se desarrollará siguiendo el camino de Emaús: Por Zonas nos concentraremos en cuatro Iglesias del Centro; después de un momento de ambientación compartiremos la Palabra por medio de la Lectio Divina, guiados por Sacerdotes; como signo del encuentro con Cristo compartiremos el refrigerio; luego nos dirigiremos a la Plaza de San Francisco, compartiendo por el camino dos preguntas que indicarán los sacerdotes; allí viviremos la alegría del encuen-

tro y presidiré la Eucaristía; al final tendremos la procesión con el Santísimo, un momento de adoración y la bendición solemne, uniéndonos así, al gran objetivo de la Iglesia universal por el año de la Eucaristía: adorar a Cristo vivo que se ha quedado con nosotros.

Por la dinámica de la convivencia, cada catequista debe llevar su refrigerio.

Como material de reflexión y preparación para la convivencia, enviamos las Catequesis sobre la Eucaristía; recomendamos que se reflexione con este material de ser posible en presencia del Santísimo expuesto o reservado.

- Como signo de solidaridad para con nuestros hermanos de Asia, pedimos que se realice la "campaña del centavito", que consiste en recoger de todos los niños de la catequesis un centavo (se puede aumentar la cantidad sin excederse). Esta colecta será entregada en la Iglesia de concentración y luego será presentada como ofrenda en la Eucaristía.

- Se pide que el día del Catequista se celebre en cada parroquia el domingo 13 de febrero y se recomienda que sea celebrado con un programa especial, que tenga en cuenta a los niños de la catequesis, a los padres de familia y a los catequistas. La colecta de este día del Catequista, en las Parroquias tiene el carácter de OBLIGATORIA (Cf. can. 1266) y está destinada a la formación de los catequistas. Son muchas las parroquias que año tras año se ven beneficiadas. Esta colecta deberá ser entregada en la Oficina # 15 de la Curia.

Afectísimo en Cristo, Evangelizador del Padre,

Raúl E. Vela Chiriboga,
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador

Campaña de solidaridad MUNERA 2005 a favor de nuestros hermanos enfermos del SIDA

A los Vbles. Sres. Párrocos, Rectores de iglesia, Comunidades Religiosas, Rectores y Directores de los Establecimientos de Educación Católica y a todos los fieles de la Arquidiócesis de Quito.

Estimados Hermanas y Hermanos:

Nos encontramos en el tiempo de Cuaresma, en el que la Iglesia nos invita a que tengamos momentos especiales de oración, abstinencia y preocupación por los hermanos más necesitados, para así obtener del Señor el perdón de nuestros pecados.

Desde hace más de veinte años, los fieles han demostrado su generosidad y solidaridad por medio de la campaña MUNERA (oferta, regalo), que ha servido para aliviar y satisfacer necesidades apremiantes de muchos hermanos. En el presente año 2005 este óbolo o colecta se recogerá el Domingo de Ramos, 20 de marzo, inicio de la Semana Santa. De mi parte, invoco nuevamente la generosidad y el desprendimiento de los fieles para que podamos obtener una colecta que sirva para paliar en algo las necesidades cada vez más apremiantes de los hermanos que sufren de la epidemia del SIDA. Hace un mes, ustedes los fieles de nuestra Arquidiócesis de Quito respondieron con tanta generosidad al llamado que les hiciera a favor de las víctimas del maremoto en el Asia, que se logró recoger en aquella oportunidad cerca de cien mil dólares, suma que representa la tercera parte del total recogido en todo el Ecuador.

El uno de diciembre, en ocasión de celebrar el día dedicado a recordar a los enfermos del SIDA, hubo la oportunidad de conocer la gravedad de la situación: la epidemia del SIDA sigue cobrando millones de vidas, no disminuye el número de contagiados y el virus HIV penetra en la vida de innumerables niños, jóvenes y adultos, hombres y mujeres en todos los continentes; y en nuestra Patria, si bien no tenemos una estadística confiable, se sabe que ya algunos miles de hermanos sufren esta enfermedad.

Lo fundamental es la atención y el respeto hacia el hermano enfermo del SIDA. Hay que evitar cualquier tipo de marginación o de condena. Mirar a un enfermo de sida como si fuese "un castigado de Dios" no es cristiano ni justo desde una perspectiva simplemente humana; como también resulta injusto excluir o marginar a las personas seropositivas de la vida social, cuando podrían desarrollar con normalidad y sin riesgos muchas actividades laborales.

Es necesario estar presentes para apoyar a las organizaciones de la Iglesia en donde pueden recibir un tratamiento adecuado los hermanos que sufren esta enfermedad, tales como la Pastoral Social de la Arquidiócesis, Comunidades Religiosas, Agentes de Pastoral y otros voluntarios, que se encuentran empeñados en coordinar acciones y en llevar adelante programas a favor de quienes han contraído esta enfermedad, como también en implementar campañas de información y de educación para prevenir el mal del SIDA.

Pido, pues, que la colecta de MUNERA se realice el Domingo de Ramos, 20 de marzo, en todas las misas que se celebren en la iglesias parroquiales y conventuales, en los oratorios y en las capillas privadas de nuestra Arquidiócesis de Quito. En las Escuelas y Colegios católicos convendría que esta colecta se realice desde el lunes 14 hasta el viernes 18 de marzo. El producto de la colecta deberá ser depositado en la Curia Metropolitana de Quito.

Que el Señor bendiga y recompense con creces a todas las personas que aporten económicamente a esta campaña y a quienes colaboran en la atención a los hermanos enfermos del SIDA.

Afectuosamente en Cristo,

Raúl E. Vela Chiriboga
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador

Quito, febrero 28 del 2005

A LOS HERMANOS Y HERMANAS DE LAS ORGANIZACIONES Y MOVIMIENTOS APOSTÓLICOS DE LA ARQUIDIÓCESIS DE QUITO

Estimados hermanos en el Señor:

Con ocasión de la Solemnidad de Pentecostés, señalada por la Iglesia como el "Día del Laico" o del Apostolado de los Seglares, el Consejo Arquidiocesano de Laicos de Quito, CALQ, ha organizado para el día sábado 14 de mayo un Encuentro de las Organizaciones y de los Movimientos Laicales, con un nutrido programa que comenzará a las 8hOO con la bienvenida a los asistentes y que concluirá con una solemne Eucaristía a las 16h15, que la presidiré personalmente.

El tema central de este encuentro laical será *"2005: Año de la Eucaristía"*.

Como Arzobispo de Quito, invito a todos los miembros de las Organizaciones y Movimientos apostólicos de la Arquidiócesis

de Quito a este interesante encuentro, en el cual los laicos comprometidos renovarán su fe en la Eucaristía, centro de la vida de la Iglesia, y reiterarán su compromiso de heraldos del Reino de Dios.

Afectísimo en Cristo,

Raúl E. Vela Chiriboga,
Arzobispo de Quito
Primado del Ecuador

Quito, 10 de marzo del 2005

CONSEJO DE PRESBITERIO DE LA ARQUIDIÓCESIS DE QUITO (2004-2007)

Miembros "EX OFFICIO"

1. Mons. Raúl Eduardo Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador; telf. 228-7750, ext. 102.
2. Mons. René Coba Galarza, Vicario General; telf. 295-3652, ext. 107.
3. Mons. Hugo Reinoso Luna, Vicario Judicial; telf. 289-5580.
4. Mons. Luis Tapia Viteri, Vicario de Educación; telf. 225-2830, ext. 112.
5. Mons. José Camilo Pasín, Vicario Episcopal de Quito Sur; telf. 262-0445.
6. Mons. Héctor Soria Sánchez, Canciller de la Curia; telf. 228-2031, ext. 105.

Nombrados por los equipos pastorales

7. Rvmo. Gustavo Riofrío Salvador, "Quito Colonial-El Sagrario"; telf. 228-4398.

8. P. Skiper Bladimir Yánez Calvachi, "Quito Colonial-San Blas y San Sebastián"; telf. 258-2681.
9. P. Manuel Fernández Estrella, "Quito Moderno-Santa Clara de San Millán"; telf. 222-5724.
10. P. Luis Fernando Rea Jiménez, "Quito Moderno-Santa Teresita"; telf. 224-3472.
11. P. Jorge Hernán Villarreal, "Quito Sur Norte-Chimbacalle"; telf. 261-4422.
12. P. Graziano Masón, "Quito Sur Centro-La Magdalena"; telf. 262-0445.
13. P. Luis Armando Campués Guatemal, "Quito Sur Sur-Chillogallo"; telf. 269-5069.
14. P. Rubén Darío Carvajal Vera, "Quito Norte-La Concepción"; telf. 224-3762.
15. P. Santiago Hernán Vaca Herrera, "Quito Norte-Cotocollao"; telf. 247-4173.
16. P. Estuardo Ruiz Lucio, "Equinoccial"; telf. 239-4161.
17. P. Edgar Marcelo Chicaiza Tutín, "Peruchana"; telf 230-2154.
18. P. José Conde Castillo, "Santísima Virgen de El Quinche"; telf. 238-5173.
19. Mons. Isaías Barriga Naranjo, "Cayambe y Tabacundo"; telf. 236-6171.
20. Mons. Luciano Iturralde Hermosa, "Los Chillos"; telf. 286-1814.
21. P. Fernando Barrionuevo Hinojosa, "Machachi"; telf. 231-8667.

Nombrados por el Señor Arzobispo

22. P. Froilán Serrano Romero, Maestro de Ceremonias de la Catedral; telf. 252-2276.
23. P. Jesús Ángel Restrepo Pérez, Rector del Seminario Mayor "San José"; telf. 223-0803. .
24. Rvmo. Remigio Dávila Erazo, Rector del Seminario Menor "San Luis"; telf. 224-6018.

Decanos de las Zonas Pastorales de la Arquidiócesis de Quito (2004 - 2007)

1. Rvmo. Gustavo Riofrío Salvador, "Quito Colonial-El Sagrario"; telf. 228-4398.
2. P. Skiper Yánez Calvachi, "Quito Colonial-San Blas y San Sebastián"; telf. 258-2681.
3. P. Ricardo Gabriel Bravo Calvo, "Quito Moderno-Santa Clara de San Millán"; telf. 252-0378.
4. P. Pedro Creamer Gómez, sdb., "Quito Moderno-Santa Teresita"; telf. 222-3012.
5. P. Mario Vaca Herrera, "Quito Sur Norte Chimbacalle"; telf. 265-6967.
6. P. Graziano Masón, "Quito Sur Centro-La Magdalena"; telf. 262-1486.
7. P. Luis Armando Campués Guatemal, "Quito Sur Sur-Chillogallo"; telf. 269-5069.
8. P. Rubén Darío Carvajal Vera, "Quito Norte-La Concepción"; telf. 224-3762.
9. P. Flavio Bedoya Reza, "Quito Norte-Cotocollao"; telf. 253-0219.
10. P. José Delfín Tenesaca Guambo, "Equinoccial"; telf. 282-4671.
11. P. Marcelo Chicaiza Tutín, "Peruchana"; telf. 230-2154.
12. P. José Conde Castillo, o.cc.ss., "Santísima Virgen de El Quinche"; telf. 238-5173.
13. P. Segundo Rafael Méndez, "Cayambe y Tabacundo"; telf. 236-0971.
14. P. Allan Mendoza Utterman, "Los Chillos"; telf. 234-1028.
15. P. Fernando Barrionuevo Hinojosa, "Machachi"; telf. 231-8667.

ADMINISTRACIÓN ECLESIÁSTICA

Nombramientos

Diciembre

10. P. Arturo René Pozo Sampaz, Director espiritual Arquidiocesano del Movimiento de retiristas parroquiales "Juan XXIII".

10. Sr. Guido Sigifredo Ramírez Feijó, Relacionista público Arquidiocesano del Movimiento de retiristas parroquiales "Juan XXIII".

10. Sra. Judith del Carmen Cueva Armijos, Tesorera Arquidiocesana del Movimiento de retiristas parroquiales "Juan XXIII".

10. Sra. Karolyn Tatiana Puebla Molina, Secretaria Arquidiocesana del Movimiento de retiristas parroquiales "Juan XIII".

10. Sr. Pablo Efraín Pozo Pantoja, Vicepresidente Arquidiocesano del Movimiento de retiristas parroquiales "Juan XXIII" .

10. Sr. Víctor Hugo Feijó Cisneros, Presidente Arquidiocesano del Movimiento de retiristas parroquiales "Juan XXIII".

Enero

18. P. Miguel Ángel Calderón López, CMF., Párroco de "Ntra. Sra. de los Dolores de la Armenia".

20. P. Joao Roberto Garbossa, Vicario parroquial del Buen Pastor de Turubamba.

24. P. Claudio Cervetto, S.J., Vicario parroquial de San Ignacio de Loyola de Solanda.

Febrero

14. P. Eduardo Enrique Cueva Egüez, Párroco y Síndico de Ntra. Sra. de la Merced de la Arcadia.

14. P. Pablo Mauricio León Sánchez, Vicario parroquial de San Juan Bautista de Sangolquí.

18. P. Cornelio Heriberto Navarrete Navarrete, Párroco solidario de Cristo Resucitado.

28. P. Carmelo de Jesús Yépez Jiménez, Vicario parroquial de San Pedro de Cayambe.

Marzo

09. P. Pablo Aníbal Silva Espinosa, Administrador parroquial de Santa María del Calzado.

15. P. Miguel Vega Beltrán, O.P., Párroco de Santo Tomás de Aquino.

Decretos

Enero

02. Decreto de incardinación del diácono Félix Sebastián Rojano Quiroga.

07. Decreto de erección de una casa religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Asunción de la Santísima Virgen en la ciudad de Quito.

07. Decreto de erección de una casa religiosa de la Congregación de Hermanitas de la Anunciación en la ciudad de Quito.

10. Convenio entre la Arquidiócesis de Quito y la Congregación de Hermanitas de la Anunciación para un trabajo pastoral en la parroquia Santa María del Camino.

Ordenaciones

Febrero

05. En la iglesia del Monasterio del Carmen Bajo, el sábado 5 de febrero, a las 09h00, el Emmo. Sr. Cardenal Antonio J. González Z., Arzobispo emérito de Quito, confirió el orden sagrado del Presbiterado al señor Rafael Antonio Amaya Martínez, diácono del Instituto Secular Padres de Schoenstatt.

26. El sábado 26 de febrero del 2005, a las 09h00, en la iglesia de San Francisco, Mons. Raúl E. Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el orden sagrado del Diaconado a Fr. Ángel Bolívar Padilla Molina, Fr. Silvio Neptalí Pico y Fr. Milton Eugenio Remache Gualpa, religiosos profesos de la Orden de Frailes Menores.

Información Eclesial En el Ecuador



COLECTA PARA LOS DAMNIFICADOS DEL MAREMOTO EN ASIA

Se realizó esta colecta el domingo 16 de enero en todas las jurisdicciones eclesiásticas del Ecuador. En la Arquidiócesis de Quito los fieles respondieron con generosidad al llamado del señor Arzobispo, por lo cual se logró recolectar la importante cantidad de 93.000 dólares. La Conferencia Episcopal y la Cruz Roja Ecuatoriana se encargaron de hacer llegar a los hermanos del Asia alrededor de 450.000 dólares de todo el país.

JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LA VIDA CONSAGRADA

Tuvo lugar el miércoles 2 de febrero, en la Catedral Primada de Quito. Para aprovechar la presencia masiva de las religiosas y religiosos se celebró también los 20 años de la visita del Santo Padre Juan Pablo II al Ecuador. Además, se tributó un homenaje de despedida a Mons. Alain Paul Lebeaupin, quien ha sido designado Nuncio Apostólico en Kenya, luego de haber cumplido su servicio diplomático de seis años en el Ecuador. La solemne Eucaristía estuvo presidida por Mons. Alain Paul Lebeaupin y concelebrada por el señor Arzobispo de Quito, el señor Vicario General y numerosos sacerdotes.

DÍA DE LA CATEQUESIS

Se celebró el sábado 12 de febrero, desde las 08h30 hasta las 13h00, con una convivencia Arquidiocesana de catequistas bajo el lema "Cristo Eucaristía, vivo en medio de nosotros y anunciado por los catequistas". Los participantes en la convivencia se concentraron en la Basílica, San Agustín, San Diego y Santo Domingo; a continuación realizaron su peregrinación hasta la plaza de San Francisco y luego entraron al tem-

plo para la celebración de la Eucaristía. En las parroquias, el Día del Catequista se celebró el domingo 13 de febrero con la participación de los niños del catecismo y de los padres de familia.

REUNIÓN DE CONSEJO DE PRESBITERIO

Se realizó el martes 8 de marzo, en el Palacio Arzobispal, a partir de las 09h30, con la asistencia de casi todos los 24 miembros y presididos por Mons. Raúl Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador. En esta reunión se conformaron las diversas comisiones para el servicio pastoral de la Arquidiócesis de Quito, se inició la evaluación del Plan pastoral global para su actualización y se trató sobre la campaña de MUNERA a favor de los enfermos del SIDA y sobre el Año de la Eucaristía.

NUEVO NUNCIO APOSTÓLICO PARA EL ECUADOR

El Santo Padre Juan Pablo II ha nombrado nuevo nuncio apostólico en Ecuador a Mons. Giacomo Guido Ottonelo, arzobispo titular de Sasabe, hasta ahora nuncio apostólico en Panamá. Mons. Giacomo Guido Ottonelo nació en Masone, diócesis de Acqui, Italia, el 29 de agosto de 1946. Recibió la ordenación sacerdotal el 29 de junio de 1971. Obtuvo el doctorado en teología. Entró en el servicio diplomático de la Santa Sede el 25 de marzo de 1980 y ha prestado servicio, sucesivamente, en las representaciones pontificias en Pakistán, El Salvador, Líbano, Francia, España y Polonia. Juan Pablo II lo nombró arzobispo titular de Sasabe y nuncio apostólico en Panamá el 29 de noviembre de 1999; recibió la ordenación episcopal el 6 de enero de 2000 en la basílica vaticana.

COLECTA DE MUNERA

En la Arquidiócesis de Quito, la campaña de solidaridad MUNERA se realizó el domingo 20 de marzo. En el presente año el producto de la colecta de MUNERA estará destinado a la ayuda a los hermanos enfermos del SIDA, pero también a una campaña de educación y prevención frente a la terrible enfermedad. Se calcula que en el Ecuador tenemos por lo menos 60.000 enfermos del SIDA.

Información Eclesial En el Mundo



PÉSAME DEL PAPA POR LAS VÍCTIMAS DE ARGENTINA

El Papa, al conocer la noticia del incendio de la discoteca de Buenos Aires, la noche del jueves 30 de diciembre, en el que murieron 185 personas, envió al cardenal Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires, un telegrama de pésame, firmado por el cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado del Vaticano.

"TE DEUM" DEL PAPA POR EL FIN DE AÑO

El viernes 31 de diciembre, Juan Pablo II acudió a las seis de la tarde a la basílica de San Pedro para alabar y dar gracias al Señor, junto con una gran asamblea de fieles, por los beneficios recibidos durante el año 2004.

XXXVIII JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

El día 1 de enero del año 2005, solemnidad de Santa María, Madre de Dios, XXXVIII Jornada mundial de la paz, que tuvo por tema: "No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien", Juan Pablo II presidió la misa en la basílica de San Pedro a las diez de la mañana.

MISA POR LAS VÍCTIMAS DEL MAREMOTO EN ASIA

La noche del 31 de diciembre, el Papa Juan Pablo II, en su capilla privada, celebró una misa por las víctimas del maremoto de Asia.

FALLECIÓ EL CARDENAL JAN PIETER SCHOTTE

El cardenal Jan Pieter Schotte, secretario general emérito del Sínodo de los Obispos, presidente de la Oficina para los asuntos laborales de la

Sede Apostólica, falleció la tarde del 10 de enero en el hospital Gemelli de Roma, a los 76 años de edad. El funeral se celebró el viernes 14 en el altar de la Confesión de la basílica de San Pedro, presidido por el Santo Padre.

LOS VALORES DEL DEPORTE

El martes 4 de enero, por la tarde, Juan Pablo II recibió en audiencia, en la sala Clementina del palacio apostólico vaticano, a los representantes de la sociedad deportiva "Cracovia", el club polaco más antiguo, con ocasión del centenario de su fundación.

ASAMBLEA PLENARIA DE LA COMISIÓN PONTIFICIA PARA AMÉRICA LATINA

Se realizó del 18 al 21 de enero en la sala Bolonia del palacio vaticano y en ella se trató sobre los desafíos pastorales para una mayor participación de los fieles en la misa dominical.

JUAN PABLO II INGRESA AL POLICLÍNICO GEMELLI DE ROMA

Lo hizo el martes 1° de febrero a causa de una crisis respiratoria. Allí recibió muestras de afecto e interés de personalidades del ámbito religioso y político del mundo entero.

60° ANIVERSARIO DE LA LIBERACIÓN DE LOS PRISIONEROS DE AUSCHWITZ

En el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau tuvo lugar, el 27 de enero, una solemne conmemoración del 60° aniversario de la liberación de los prisioneros que se hallaban allí. Al acto asistieron numerosos jefes de Estado y de Gobierno. Como enviado del Santo Padre participó el cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París. Estuvieron también presentes los obispos de Polonia y de la República federal de Alemania. Su Santidad envió a los presentes un mensaje en polaco, en el cual manifestaba su deseo de que jamás se repita esa tragedia.

SOLIDARIDAD DE LA IGLESIA CON ASIA

El Papa Juan Pablo II envió a Mons. Paul Josef Cordes, presidente del Consejo pontificio "Cor unum" a las zonas azotadas por el maremoto, quien visitó Indonesia y Sri Lanka del 29 de enero al 4 de febrero. La finalidad del viaje fue testimoniar personalmente la cercanía y la solidaridad del Papa y de la Iglesia con los que han sufrido las consecuencias del maremoto, y coordinar las iniciativas de las organizaciones católicas que actúan en esos territorios desde el trágico 26 de diciembre.

FALLECIÓ SOR LUCÍA

La hermana María Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado, monja carmelita, testigo de las apariciones de la Virgen en Cova de Iría, Fátima, en 1917, juntamente con sus primos Francisco y Jacinta Marto, que fallecieron poco tiempo después de las apariciones y fueron beatificados por el Papa Juan Pablo II el 13 de mayo del 2000, falleció el domingo 13 de febrero, en el Carmelo de Coimbra, Portugal, a los 97 años de edad.

LA ÚLTIMA OPERACIÓN DEL PAPA

El domingo 27 de febrero, el Papa se encontraba internado en el hospital Gemelli, recuperándose de la operación de traqueotomía. Por tal razón, Mons. Leonardo Sandri, sustituto de la Secretaría de Estado dirigió el rezo del Angelus en la plaza de San Pedro e impartió la bendición apostólica en nombre del Santo Padre. Inesperadamente el Papa se asomó a la ventana del Gemelli y bendijo a los fieles y se llevó la mano a la garganta como para decir: lo siento, pero no os puedo dirigiros la palabra.

Notas Necrológicas ✝

+ Falleció el P. José Humberto Villacís Quimbiulco

Nació el 10 de abril de 1916. Realizó sus estudios secundarios en el Seminario Menor San Luis y los estudios superiores de filosofía y teología en el Seminario Mayor San José. Recibió la ordenación sacerdotal de manos de Mons. Carlos María de la Torre el domingo 4 de julio de 1943, en la Catedral Metropolitana.

Durante sus 61 años de ejercicio sacerdotal ha desempeñado, entre otros, los cargos de párroco de Calderón, Malchinguí, Zámbiza y Puéllaro.

Con licencia del Arzobispo de Quito se trasladó a los Estados Unidos y en la Arquidiócesis de los Ángeles sirvió a la Iglesia durante los últimos años de su vida.

Falleció en la ciudad de los Ángeles el sábado 15 de enero del presente año 2005, a la edad de 88 años.

Que descanse en la paz del Señor.

+ Falleció el P. Segundo Baltazar Sosa Vargas

Nació en Conocoto, provincia de Pichincha, el 23 de noviembre de 1616. Hizo sus estudios primarios en su lugar natal, los secundarios en el Seminario Menor San Luis y los de filosofía y teología en el Seminario Mayor San José. Fue ordenado sacerdote por Mons. Carlos María de la Torre, en la Catedral Metropolitana, el domingo 4 de julio de 1943.

Durante su largo ministerio sacerdotal ha servido a la Iglesia particular de Quito principalmente como párroco de Chugchilán, Atahualpa, Tambillo, Cayambe, Ferroviaria Baja y Santa Cruz de Monjas.

Falleció el jueves 10 de marzo del 2005 en Conocoto, a la edad de 88 años.

Que el Señor le conceda el descanso y que brille para él la luz eterna.

+ Falleció el P. Aurelio de Jesús Barros Proaño

Nació en la parroquia de Aloasí, cantón Mejía, provincia de Pichincha, el 30 de septiembre de 1919. Estudió la primaria en su tierra natal y la secundaria en el Seminario Menor San Luis; los estudios superiores de filosofía y teología los realizó en el Seminario Mayor San José. Fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1946, para el servicio de la Arquidiócesis de Quito, por Mons. Carlos María de la Torre, en la iglesia parroquial de El Sagrario.

Durante sus 58 años de sacerdocio sirvió a la Arquidiócesis de Quito primeramente como coadjutor de San José de Minas y de Pelileo y luego como párroco de Calacalí, Tambillo, Yaruquí y Cumbayá.

Falleció en Quito el sábado 12 de marzo del presente año 2005 y sus restos mortales fueron inhumados en el cementerio municipal de la ciudad de Machachi.

Que el Señor le conceda la recompensa eterna.

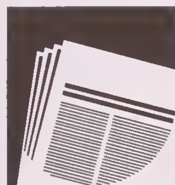
+ Falleció el P. Ángel Heredia Mora

Nació en Quito el 11 de enero de 1947. Durante su infancia militó en los grupos juveniles de la parroquia de San Roque. Terminada la instrucción primaria, ingresó al Seminario Menor San Luis, donde realizó sus estudios secundarios. Luego pasó al Seminario Mayor San José, donde hizo sus estudios superiores de filosofía y teología y se preparó para el sacerdocio ministerial. Recibió la ordenación sacerdotal de manos del señor Cardenal Pablo Muñoz Vega, en la iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, el sábado 10 de julio de 1972.

Primeramente desempeñó el cargo de párroco de la Esperanza de Tabacundo. A continuación viajó a Roma a perfeccionar su preparación académica y estudió teología espiritual en la Pontificia Universidad Gregoriana, donde obtuvo un doctorado. De regreso a Quito, formó parte del equipo de formadores del Seminario Mayor San José. Desempeñó el cargo de párroco de Santa Clara de San Millán y últimamente sirvió a la parroquia de Nuestra Señora de la Paz hasta el día de su fallecimiento. Desempeñó, además, el cargo de Secretario Ejecutivo de Vocaciones del CELAM, en la ciudad de Bogotá, Colombia, y el cargo de Secretario Ejecutivo del Departamento de Clero y Vocaciones de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. Así mismo, prestó sus servicios como profesor en la Facultad de Filosofía y Teología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador hasta su muerte.

Falleció en Quito la tarde del jueves 31 de marzo del 2005, a causa de un infarto cardíaco, a los 58 años de edad. Sus restos mortales fueron depositados en la cripta de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Paz.

Que el Señor le conceda el merecido descanso.



Temas de Actualidad

EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO

Apuntes para una síntesis sobre este gran misterio de la fe cristiana

Card Jorge A. MEDINA ESTÉVEZ
Prefecto emérito de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos

Introducción

En el misterio eucarístico se dan, entrelazados, tres aspectos o dimensiones, inseparables cada uno de los demás: el aspecto *sacrificial,* subrayado en los relatos de la institución; el aspecto de *comunión* con Cristo, subrayado en el discurso de Cafarnaúm y en los relatos de la institución; y el aspecto de *presencia* sustancial de Cristo, subrayado en los relatos de la institución y en el discurso de Cafarnaúm. Un acento especial se encuentra en el relato de la institución, en 1 *Co* 11, 27.

Aislar un aspecto o dimensión de los otros es empobrecer el contenido total y orgánico del misterio eucarístico. Si ese aislamiento redundara en negación, teórica o sólo práctica, se estaría en presencia de un falseamiento heterodoxo.

Cabe hacerse la pregunta acerca de cuál de estas dimensiones tiene prioridad ontológica, incluyendo por cierto a las otras dos. Hay válidas razones para afirmar que la dimensión *originaria* es la de *sacrificio.* He aquí algunos textos del Magisterio que reflejan con claridad el contenido de la doctrina de la Iglesia al respecto:

"Este Dios y Señor nuestro, aun cuando habría de inmolarse a Dios Padre una sola vez, muriendo sobre el altar de la cruz (cf. *Hb* 10, 14), para realizar por ellos (los hombres) una redención eterna, puesto que ciertamente su sacerdocio no debía extinguirse con la muerte (cf. *Hb* 7, 24), en la última cena "en la noche en que fue entregado" (*1Co* 11, 23); a fin de dejar a la Iglesia, su esposa amada, un sacrificio visible (como lo exige la naturaleza humana) con el que se representara aquel (sacrificio) cruento que había de ofrecer una sola vez sobre la cruz, y así su memoria permaneciera hasta el, fin de los siglos y se aplicara su eficacia salvífica para el perdón de los pecados que cada día cometemos, él, pues, proclamándose sacerdote según el orden de Melquisedec (cf. *Sal* 110, 4; *Hb* 5, 6; 7, 17), constituido para siempre, ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies del pan y del vino, y bajo esos mismos símbolos lo dio a los Apóstoles (a quienes en ese momento constituía sacerdotes de la nueva alianza) para que lo recibieran y mandó a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio que lo ofrecieran, con estas palabras "haced esto en memoria mía" (*Lc* 22, 19; 1 *Co* 11, 24), etc., y así la Iglesia católica siempre lo ha creído y enseñado» (concilio de Trento, sesión XXII, *Doctrina* y *cánones acerca, del santísimo sacrificio de la misa;* DS 1740).

«Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucaristico de su cuerpo y de su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar a su esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vinculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura» (*Sacrosanctum Concilium*, 47).

«Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y "se realiza la obra de nuestra

redención". Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo realizó y volvió al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar en él como si hubiéramos estado presentes»*(Ecclesia de Eucharistia,* 11).

«Se percibe a veces una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico. Privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convival fraterno» *(ib.,* 10).

Así pues, «la Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él, no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente, en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos. En efecto "el sacrificio de Cristo *y* el sacrificio de la Eucaristía son pues, un único, sacrificio".... La misa hace presente el sacrificio de la cruz; no se le añade y no lo multiplica. Lo que se repite es su celebración memorial, la "manifestación memorial", por la cual el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo. La naturaleza sacrificial del Misterio eucarístico no puede entenderse, por tanto, como algo aparte, independiente de la cruz o con una referencia solamente indirecta al sacrificio del Calvario» *(ib.,* 12).

«Por su íntima relación con el sacrificio del Gólgota, *la Eucaristía* es *sacrificio en sentido propio* y *no sólo en sentido genérico,* como si se tratara del mero ofrecimiento de Cristo a los fieles como alimento espiritual» *(ib.,* 13).

«Así pues, la doctrina constante de la Iglesia sobre la naturaleza de la Eucaristía, no sólo convival sino, también, y *sobre todo, sacrificial,* debe ser rectamente considerada como una de las claves

principales para la plena participación de todos los fieles en tan gran Sacramento» (Instrucción *Redemptionis Sacrarnentum* de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, del 19 de marzo del 2004, n. 38).

La noción de «sacrificio»

¿Qué es un sacrificio?

Es un acto *ritual simbólico,* en el cual, a través de *una ofrenda,* el oferente expresa su *actitud de adoración* a Dios, reconociéndolo como *lo único absoluto* y necesario, como, Aquel en quien tiene su origen y razón de ser la propia existencia creatural.

Es un acto *ritual.* Un rito simbólico que, para ser verídico, tiene que expresar la realidad de la actitud interior de quien lo ofrece. Si la interioridad no existe, el rito externo se hace vacío y no puede ser grato a Dios.

Pero como el rito es *simbólico,* tiene también una fuerza *pedagógica* que induce al oferente que tiene una actitud interior imperfecta a purificar y a ahondar su actitud latréutica frente a Dios.

El rito sacrificial se realiza a través de una *ofrenda,* es decir, de un objeto material, generalmente relacionado con la vida, y que tiene como objeto expresar la actitud interior del oferente, quien, a través del don, reconoce que *sólo en Dios tiene consistencia la propia vida,* sea porque en él tiene su *origen,* sea porque en función de él debe realizar sus *opciones,* sea porque en él reconoce su finalidad y *destino definitivo.*

En algunos tipos de sacrificios la *destrucción total* de la ofrenda-víctima tiene como finalidad evidenciar el señorío absoluto y la trascendencia incomparable de Dios. Es como un comentario del «Yo soy el que soy» (Ex 3, 14). Pero hay tipos de sacrificios en los

que una parte de la víctima es devuelta al oferente como expresión de que Dios acepta su homenaje de adoración y le concede una participación de sí. Comer algo de la ofrenda, es una ratificación de la voluntad de vivir para la gloria e Dios: «nosotros vivimos para Dios; nosotros morimos para Dios» (cf. *Rm* 14, 8).

La Eucaristía es un sacrificio

Ahora bien, la celebración eucarística es un sacrificio *relativo que hace presente* el *único* sacrificio de Cristo en la cruz. El sacrificio de Cristo en el Calvario no se multiplica: en la celebración eucarística sólo se multiplica su *presencia,* se «actualiza», se *re-presenta.*

En el sacrificio de Cristo, él es *oferente, sacerdote* y, *ofrenda-víctima. Allí* se identifican el oferente y la ofrenda, y no hay, por lo tanto, posibilidad de expresión externa que no corresponda a la actitud interior del oferente principal.

Ese sacrificio es el que Cristo encargó a la Iglesia celebrar ritualmente, y para que nunca esa celebración pudiera ser «vacía» o «falsa», él estableció el rito de tal modo que la *ofrenda fuera él mismo,* verdadera, real y sustancialmente presente en las especies eucarísticas que, en su doble figura de pan y de vino, hacen una referencia inequívoca al sacrificio de la cruz. La misa nunca puede ser «hueca» porque la ofrenda permanente de Cristo está presente en cada celebración. Así se ve cómo la *presencia real está insertada en la naturaleza sacrificial* de la celebración eucarística.

El aspecto o dimensión «convival» o «comunional» pertenece también a la naturaleza sacrificial de la Eucaristía: Los oferentes comen la víctima como expresión de su voluntad de «tener los mismos sentimientos de Cristo», *(Flp* 2, 5), de querer «vivir para Dios» *(Rm* 14, 8), y de no vivir más para ellos mismos, según el

hombre viejo, sino de vivir para Cristo (*Ga* 2, 20). Cristo, a través de la manducación sacramental del pan eucarístico, transforma al que lo come, de modo que, como él vive por el Padre (cf. *Jn* 6, 57), así quien lo coma, viva por él, permanezca en él y tenga vida eterna, desde ahora, y en abundancia (cf. *Jn* 6, 53-58).

Puesto que la presencia sacramental de Cristo continúa mientras permanecen las especies eucarísticas, corresponde *adorar* su presencia verdadera, real y sustancial en el Sacramento. Esa adoración está *íntimamente relacionada con* la *presencia sacrificial* de Cristo, con el sacrificio en la cruz, con nuestro destino de vivir en él y para, él, consagrados a la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cf. *Ef* 1, 4. 6), y sin olvidar que nuestra ofrenda, Cristo, es el fruto de las entrañas de María y que ella ofreció, a título único, la Víctima de la cruz, porque esa víctima era carne de su carne y sangre de su sangre.

Dimensiones, intencionalidades y finalidades del sacrificio

La *primera* finalidad de todo sacrificio es la de ofrecer a la majestad de Dios un tributo de *adoración*, reconociendo en él el *origen* de todo bien y el *punto de referencia* absoluto de toda criatura. Es reconocerlo como lo único necesario, como la razón de ser de toda criatura, como el inmenso, el trascendente, el omnipresente, el que está por encima de todo y que está, al mismo tiempo, en la más profunda intimidad de cada ser. La adoración se expresa físicamente con la actitud corporal de postración, una especie de anonadamiento ante el Único que puede decir «Yo soy el que soy». La adoración implica aceptar gozosamente que la propia vida y la propia existencia no tienen otro sentido que el de «vivir en Dios y para Dios», cualquiera que sea el marco concreto de la propia existencia. La adoración incluye simultáneamente una actitud de *humilde servidumbre y de confianza filial.*

Muy vecina a la adoración está la *alabanza*, que es expresión de gratuita *admiración* ante la grandeza, la majestad, el poder, la belleza, la bondad, el amor y la misericordia de Dios. La alabanza es un transporte gratuito que encuentra su gozo en reconocer la plenitud de ser y de belleza, de verdad y de bondad de Dios. Alabar es «bendecir», «decir bien», reconocer con alegría la perfección de Dios. Quien alaba crece espiritualmente, pues experimenta alegría y gozo ante el sumo bien. La alabanza sume al que alaba en una especie de ebriedad espiritual, en una serena e inefable contemplación beatificante de Aquel que es como un mar infinito de luz, de armonía, de belleza y de plenitud.

Dios se nos comunica de muchas maneras: dándonos el ser natural, otorgándonos la gracia, concediéndonos el perdón, conservándonos en la vida, insertándonos en la vida social, confiriéndonos capacidades de trabajo, enviándonos a su propio Hijo, congregándonos en su Iglesia, llamándonos a la santidad y acogiéndonos, después de nuestra peregrinación, en la bienaventuranza eterna. De ahí la dimensión de *gratitud*. Si la adoración y la alabanza miran a Dios en si mismo, la gratitud lo contempla como fuente de bondad que se nos comunica gratuitamente, no por necesidad sino por un movimiento que lo lleva a hacernos partícipes de su plenitud, a darnos y a dársenos. Todo lo que somos y tenemos es don gratuito de Dios, *don que no hemos merecido* y *al que no tenemos «derecho»*. La gratitud expresada en el sacrificio, es reconocimiento, a la vez, de nuestra pobreza creatural y de la munificencia de Dios, que da sin empobrecerse y que da más allá de lo que nos atreveríamos a pedir o a esperar.

Pero en la relación del hombre con Dios interviene un quiebre trágico: el *pecado*. En todo pecado grave hay una *triple malicia*: de *soberbia*, que es incompatible con la adoración; de *idolatría*, que es colocar algo o alguien en el lugar que sólo corresponde a Dios, y de *adulterio*, porque se ama algo al margen y por encima del amor debido a Dios. El pecado es negación de adorar, es incapa-

cidad de alabar y es suma ingratitud. El sacrificio tiene una dimensión *propiciatoria* o *reparadora* en cuanto que, a través de la adoración, de la alabanza y de la acción de gracias, vuelve a poner orden vital, y no solamente conceptual, en la relación entre el hombre y Dios. La propiciación o reparación devuelven el hombre pecador a su «verdad», a su actitud de «adorador en espíritu y en verdad» (cf. *Jn* 4, 24), actitud que es el fruto de la «conversión», de volver a «orientarse» hacia «lo único necesario» (cf. *Lc* 10, 42). El sacrificio «restituye» a Dios el puesto que le corresponde en el corazón del hombre y es, por lo tanto, un acto de profunda «verdad». La dimensión «reparadora» devuelve a Dios la alabanza que le es debida bajo el prisma de su misericordia, es decir, de su amor que perdona a la criatura que ha cometido el trágico error de buscar la felicidad y la propia realización allí donde jamás las podrá encontrar.

Implorar el don del perdón es un modo de adorar, de alabar y de dar gracias a Dios que favorece, con un nuevo título, la postura humilde de la criatura, siguiendo el ejemplo del publicano, que no osaba levantar los ojos y que, postrado, repetía «ten piedad de mi, Señor, porque soy un pecador». (*Lc* 18; 13). También en el sacrificio de Cristo, en la cruz y en la ofrenda eucarística, se da esta dimensión reparadora, ya que, aunque él jamás cometió pecado (cf. *Jn* 8, 46; *Hb* 4, 15), fue «hecho pecado» como cabeza de la humanidad pecadora.

La propiciación o reparación se aplican tanto a los hombres que aún peregrinan en este mundo como a las almas que completan su última purificación en el purgatorio, antes de entrar en la definitiva posesión de la bienaventuranza eterna. Es obra de gran caridad ofrecer el sacrificio eucarístico, en su dimensión propiciatoria, por las almas del purgatorio que necesitan aún purificación y que pueden obtenerla por la aplicación a ellas de los méritos de Cristo que en la cruz nos «readquirió» («redimió»), rescatándonos del poder de Satanás, el príncipe de este

mundo que pretende ser adorado (cf. *Mt* 4, 9 y paralelos) induciendo al hombre a la gran falsedad de querer ser como Dios, árbitro del bien y del mal (cf. *Gn* 3, 5).

El hombre, en su indigencia, tiene *necesidades* de todo tipo: materiales, espirituales y sobrenaturales. El hombre es *radicalmente pobre* y la segunda parte del padrenuestro hace una reseña de nuestras principales carencias. Si es cierto que el sacrificio es acción de gracias por los bienes ya recibidos, es también *impetración* o *imploración* de aquello que nos hace falta. En cierto modo la imploración es consecuencia y expresión de la adoración, ya que es reconocer que sólo en Dios se encuentra el origen de todo bien y que sólo él puede remediar nuestra indigencia. Es claro que nuestras necesidades más profundas son las sobrenaturales: lo que hemos menester para que se cumpla cabalmente en nosotros la voluntad salvífica de Dios y seamos partícipes de su reino. Pero tenemos también necesidades temporales, que no se contraponen con las de orden espiritual o sobrenatural, sino que se refieren a bienes que son medios o instrumentos que nos ayudan y sostienen en la búsqueda del Reino. El Padre sabe qué es lo que necesitamos, pero es glorificado cuando se lo pedimos con confianza filial, reconociendo que no nos bastamos a nosotros mismos y que sólo él puede colmar las aspiraciones justas que él mismo puso en nuestros corazones. Pedir es acto de humildad y de confianza, y en el sacrificio eucarístico nuestras peticiones se insertan en la ofrenda de Cristo, en quien el Padre nos concede todo bien.

La Eucaristía centro de la vida cristiana

Lo es porque es el sacrificio perfecto de la nueva alianza. Porque es la realidad viva y presente del sacrificio de Cristo en la cruz. Porque es la perfecta adoración al Padre que brota del Corazón de Cristo, Dios y hombre. Porque es la alabanza de la Iglesia

incorporada en la de Cristo, siempre actual. Porque es la acción de gracias en Cristo por, todo lo que, gratuitamente, hemos recibido. Porque es la reparación perfecta por todos los pecados con que hemos ofendido al Padre de inmensa majestad y que él está siempre dispuesto a perdonar por los méritos del sacrificio de Cristo en la cruz. Porque a través de la Eucaristía podemos elevar nuestras peticiones al Padre, para que él socorra nuestra radical indigencia.

La celebración eucarística es centro de la vida cristiana porque en ella, recibiendo el Cuerpo y la Sangre de Cristo, vamos siendo transformados en él por la gracia sacramental que nos conduce a vivir consagrados a la gloria de Dios, coherentes con la gracia bautismal, como hijos del Padre, como miembros de Cristo y como templos y moradas del Espíritu Santo. La gracia sacramental eucarística tiende por su fuerza transformadora a que no seamos ya nosotros quienes vivamos, sino que sea Cristo quien viva en nosotros (cf. *Ga* 2, 20).

Y como la presencia real, verdadera y sustancial de Cristo perdura mientras persisten las especies sacramentales, a él, sacramentalmente presente, le presentamos nuestra adoración en continuidad con las dimensiones e intencionalidades de la celebración sacrificial, expresivamente simbolizadas en la separación de los signos del Cuerpo y de la Sangre del Redentor.

Así es que todos los aspectos del misterio eucarístico, *centrados en la dimensión o naturaleza sacrificial*, constituyen una admirable y orgánica unidad cuyo fruto de gracia es ahondar día a día nuestra vocación a la santidad, para gloria de la gracia de Dios (cf. *Ef* 1, 4, 6).

Sacrificio, ¿acto individual o comunitario?

La sagrada Escritura muestra ejemplos de sacrificios ofrecidos por personas individuales, por grupos familiares o por comunidades más amplias. Como ejemplos de sacrificios ofrecidos por personas individuales se pueden anotar lo de Caín y Abel, el de Abrahán y los de Job. Entre los de grupos familiares el de Noé, el cordero pascual, el del padre de Samuel, las «hostias pacíficas». Como sacrificio de toda la comunidad pueden citarse el ofrecido por Moisés al pie del Sinaí, el sacrificio anual del día de la expiación, los que ofreció David cuando el traslado del Arca, y los que ofreció Salomón cuando la dedicación del templo de Jerusalén.

Pero no es acertado oponer la categoría de «personal» a la de «comunitario», sea porque toda comunidad está formada por personas, sea porque toda persona vive como miembro de una comunidad que condiciona, favorable o desfavorablemente, sus opciones éticas y, por lo mismo, su relación con Dios. En la fe católica la interrelación entre los miembros de Cristo se expresa con la categoría de la «comunión de los santos». Así como los actos buenos de las personas inciden en la comunidad con signo positivo, así también las opciones negativas perjudican al cuerpo de la Iglesia, sea por la vía del mal ejemplo, sea por la sustracción de las energías de bien y de santidad, que todos aprovechan.

En cierto sentido, todo sacrificio tiene una dimensión que toca a la comunidad, porque la persona humana está indisolublemente inserta en la comunidad, de ella recibe y a ella aporta.

El rito sacrificial nunca carece de connotación social y, en el caso de la Eucaristía, esa connotación es intrínseca porque Cristo Jesús es Cabeza de la Iglesia y porque él se ofreció en la cruz por

la redención de todos los hombres. Si es verdad que la celebración eucarística es la presencia renovada del sacrificio de Cristo, también es cierto que esa celebración es el sacrificio de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, que con él, por él y en él se ofrece al Padre en actitud de adoración, alabanza, acción de gracias, reparación y petición. Ninguna misa es «privada», aunque se la celebre a veces «en privado»: en cada celebración está involucrada la Iglesia entera y, aunque haya legítimamente intenciones particulares y personales, el acto sacrificial tiene ante todo una dimensión universal, como la tuvo el sacrificio del Calvario.

Si bien tiene un sentido positivo el que participen en el culto eucarístico las autoridades temporales, como expresión de su fe personal y de su reconocimiento del señorío de Dios y de la obra salvadora de Jesucristo, si esa participación no tiene lugar, ello no significa que la celebración prescinda de los intereses del bien común de la sociedad temporal, intereses que no son indiferentes para los caminos de salvación.

Conclusión

No es posible resumir en unas pocas páginas las riquezas inagotables e inefables del misterio eucarístico. Pretenderlo sería un atrevimiento. La intención de estas reflexiones es mostrar la estructura de unidad que tiene este acto, que constituye el centro y la cumbre de la vida personal del cristiano y de la comunidad eclesial. El intento ha sido mostrar cómo los diversos aspectos del misterio eucarístico no sólo son interdependientes entre sí, sino que constituyen una unidad indisociable y son la fuente y la garantía de la unidad interior de la vida cristiana, desarrollada en la comunión de la Iglesia, injertada en Cristo Salvador, acogida a la protección maternal de la Virgen María y orientada a la plenitud en la gloria, donde «Dios será todo en todos» (1 *Co* 15, 28).

MARÍA, GUÍA SEGURA PARA LOS FIELES HACIA EL MISTERIO EUCARÍSTICO

D. Aurelio FUSI, f.d.p.

En este tiempo de gracia que nos toca vivir con el Año de la Eucaristía -el cual, como dice el Papa, «constituye el desarrollo natural de la trayectoria pastoral que he marcado a la Iglesia, especialmente desde los años de preparación del jubileo, y que he retomado en los años sucesivos. (*Mane nobiscum, Domine,* 4)-, destaca la persona de María, que nos toma de la mano para llevarnos a Jesús. En efecto, es ella quien nos señala la presencia de su Hijo en el sacramento de la Eucaristía.

Una actitud de acogida

María, como nos ha enseñado el Papa en repetidas ocasiones, fue una mujer plenamente eucarística. Vemos esta característica ante todo en su actitud de acogida de la Palabra, una actitud que la Iglesia sigue difundiendo con empeño y con esperanza desde hace más de dos mil años. Dentro de este anuncio y junto a los heraldos está ella, la *Estrella de la evangelización*. En el arduo camino hacia una renovada identidad eclesial, los pastores y los fieles avanzan acompañados de María, luz y guía, punto de referencia para que la misión *ad gentes* siga extendiéndose sin cesar. En efecto, la Iglesia «o es misionera o no es ya ni siquiera evangélica» (Juan Pablo II, *Discurso* a *la asamblea general del Consejo superior de las Obras misionales pontificias,* 13 de mayo de 1986, n. 2: *L'Osservatore Romano,* edición en lengua española, 14 de septiembre de 1986, p. 9).

La Virgen es la primera *evangelizada,* porque, destinada a ser la Madre del Mesías y del pueblo mesiánico, recibió personalmen-

te el anuncio de la venida del Salvador (cf. *Lc* 1, 26-38). Ella fue el primer ejemplo de acogida de la salvación, pues escuchó con fe el anuncio profético más grande e inaudito. Contemplando su disponibilidad, todos aprendemos a recibir provechosamente de la Iglesia la Palabra, encontrando en ella el modelo de los que asumen una actitud positiva frente al Evangelio.

Sensibilidad mariana de la comunidad eclesial

Esta sensibilidad mariana se halla presente también en nuestras comunidades locales, de modo especial en los grupos que cada semana o cada mes se reúnen en torno a la Palabra para experimentar la verdad del Evangelio: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (*Mt* 18, 20). Tengo presente la experiencia de algunos jóvenes universitarios, a los que acompaño en la parroquia de Todos los Santos, los cuales, aunque provienen de regiones y ciudades diversas, han encontrado en torno a la Palabra y a la Eucaristía el lugar espiritual de su amistad y de su compromiso de difundir a los más pequeños la riqueza del anuncio cristiano.

María es también la primera *evangelizadora*, porque anuncia y profetiza la Palabra que ella misma acogió; cubierta con la sombra del Espíritu Santo, anuncia a Juan las maravillas realizadas por el Todopoderoso mientras lleva al Verbo encarnado en su seno (cf. *Lc* 1, 39-56). En el episodio de Caná nos enseña que la voluntad del Hijo se acoge en la obediencia, en la disponibilidad a cumplirla (cf. *Jn* 2, 5) y en la plenitud de la fe, para poderla difundir después con celo. «La Iglesia, en su vocación y solicitud evangelizadora, toma ejemplo y estímulo de María, la primera evangelizada (cf. *Lc* 1, 26-38) y la primera evangelizadora (cf. *Lc* 39-56) (...) Podemos llamar justamente a María "la primera misionera"» (Juan Pablo II *Mensaje para la Jornada mundial de las misiones de* 1988: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua españo-

la, 28 de agosto de 1988, p. 9; cf. A. Fusi, «Ha creduto meglio degli altri. María modello della Chiesa nell'insegnamento di Giovanni Paolo II», Milán 1999, pp. 272-289).

María sigue orientándonos hacia su Hijo y nos repite: «Haced lo que él os diga» (*Jn* 2, 5). Cuanto más entran los discípulos en su radio de acción y asimilan sus mismos sentimientos de fidelidad total, tanto más se acercan a la madurez cristiana.

Hacia el misterio del Hijo

Pero su acción sobre nosotros es todavía más profunda, porque María no sólo nos lleva a Cristo, sino que, además, cooperando con el Espíritu Santo, nos estimula hacia una compenetración cada vez más completa con el misterio del Hijo. Así, una vez más, ella se presenta como el modelo perenne de los evangelizadores, porque coopera en la generación y en la formación de los hijos e hijas de la Iglesia, y tiene una relación de Madre con cada uno de nosotros única e irrepetible.

María también es mujer eucarística porque ninguna criatura ha vivido mejor que ella la actitud de obediencia a la voluntad del Padre y el sacrificio de la oblación. Ella «guía a los fieles a la Eucaristía» (*Redemptoris Mater*, 44) con el ejemplo de su vida, como dice el Papa en la *Redemptoris Mater*, y con su presencia espiritual en la celebración de la misa. En efecto, esta acción de culto no se limita a evocar la salvación realizada por el Redentor, sino que, además, contempla en ella la figura de la

María también es mujer eucarística porque ninguna criatura ha vivido mejor que ella la actitud de obediencia a la voluntad del Padre y el sacrificio de la oblación.

Madre unida de forma indisoluble al Hijo (cf. *Lumen gentiun*, 61). Las personas espirituales aprovechan muy bien esta alianza desarrollando al mismo tiempo una auténtica devoción eucarística y mariana. La vida de los santos es iluminadora a este respecto, al igual que la piedad de tantas personas humildes que, formadas en la sabia tradición de la Iglesia, antes de la celebración de la misa suelen rezar el rosario, oración totalmente orientada a la contemplación de los misterios del Salvador.

El encuentro entre María y el sacramento de la Eucaristía tiene lugar por obra del Espíritu Santo, que en la celebración hace actual el Cuerpo de Cristo, del mismo modo que en la plenitud del tiempo descendió sobre la joven de Nazaret para que concibiera en la carne al Hijo de Dios. Esta acción continua del Paráclito hace que la Eucaristía sea una especie de prolongación de la Encarnación y, en consecuencia, la vincula a la persona y a la obra de la Virgen.

María reúne a todos sus hijos

Pero la Eucaristía no sólo es presencia real de Cristo; es, asimismo, alimento y comunión de su Cuerpo y su Sangre. También en este ámbito María se nos presenta como ejemplo y nos precede, pues en la Iglesia sigue desempeñando una función central en la construcción de la unidad eclesial cuando, cooperando con el Espíritu Santo, congrega a sus hijos dispersos y los une en torno a Cristo en un solo cuerpo.

A este respecto, es muy iluminador el gesto ecuménico del Papa, que quiso entregar al Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa, y a su patriarca Alexis II, el icono de la Virgen de Kazan. Una vez más, la imagen de María reúne a sus hijos indicándoles los pasos hacia la reconciliación.

Un proyecto de solidaridad

Por último, la Eucaristía es la prolongación de la pobreza de Nazaret, que Jesús experimentó juntamente con María: una pobreza causada por la condición precaria de la época, que hizo al Hijo, de Dios amigo y compañero de los pobres. También hoy, en torno al banquete eucarístico, los pobres se reúnen para expresar su fe y su esperanza en un mundo más humano y más justo.

También hoy, en torno al banquete eucarístico, los pobres se reúnen para expresar su fe y su esperanza en un mundo más humano y más justo.

Así, la Eucaristía se transforma en proyecto de solidaridad, porque en su escuela el cristiano aprende a ser promotor de comunión, de paz, de solidaridad, en todas las circunstancias de la vida. La imagen lacerada de nuestro mundo, que ha iniciado el nuevo milenio con el fantasma del terrorismo y la tragedia de la guerra, impulsa cada vez más a los cristianos a vivir la Eucaristía como una gran escuela de paz. A este propósito, nos recuerda el Santo Padre: «¿por qué, pues, no hacer de este *Año de la Eucaristía* un tiempo en el que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo?». *(Mane nobiscum, Domine,* 28).

La invitación del Papa estimula a las comunidades parroquiales a crecer en una nueva e inteligente acogida de los pobres; una acogida sencilla, a veces incluso improvisada, pero cordial, como sucede en tantas asociaciones de voluntariado.

La Iglesia, que vive de la memoria de Jesús, como fundamento de su identidad y garantía de su existencia, en la celebración de la Eucaristía revive todo el acontecimiento de Cristo, que culmina en la Pascua. Este memorial se inspira en la actitud de María que, como dice el evangelista (cf. *Lc* 2, 19. 51), conservaba el recuerdo de los acontecimientos que atañían a su Hijo y los meditaba atentamente.

La actitud mariana de hacer memoria es un ejemplo para nosotros, que celebramos la Eucaristía. En efecto, para evocar el memorial de Jesús no basta repetir las palabras y los gestos de la última Cena, sino que es necesario, como aconteció en María, que las palabras y los gestos pasen por el corazón y por la vida. «Sigamos el ejemplo de la santísima Virgen, cuya vida fue una verdadera existencia eucarística» (Juan Pablo II, *Angelus* del 5 de junio de 1994, n. 3: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 10 de junio de 1994, p. 3).

Si en este año de gracia queremos enriquecemos con lös dones de la Eucaristía, no podemos prescindir de María, que siempre aviva en nosotros la adhesión a la persona de Cristo y el deseo de estar con él.



Oración del Papa por las vocaciones

Jesús, Hijo de Dios,
en quien habita la plenitud de la divinidad,
que llamas a todos los bautizados a "remar mar adentro",
recorriendo el camino de la santidad,
suscita en el corazón de los jóvenes
el anhelo de ser en el mundo de hoy
testigos del poder de tu amor.
Llénalos con tu Espíritu de fortaleza y de prudencia
para que lleguen a descubrir su auténtico ser
y su verdadera vocación.

Salvador de los hombres,
enviado por el Padre para revelar el amor misericordioso,
concede a tu Iglesia el regalo
de jóvenes dispuestos a remar mar a dentro,
siendo entre sus hermanos
manifestación de tu presencia que renueva y salva.

Virgen Santísima, Madre del Redentor,
guía segura en el camino hacia Dios y el prójimo,
que guardaste sus palabras en lo profundo de tu corazón,
protege con tu maternal intercesión
a las familias y a las comunidades cristianas,
para que ayuden a los adolescentes y a los jóvenes
a responder generosamente a la llamada del Señor.

Amén

Castel Gandolfo, 11 de agosto del 2004

Joannes Paulus II

